

# Revista Le.Tra.S.

Revista Literaria de la Universidad Ana G. Méndez en Bayamón

Volumen 8 Núm. 1



Diciembre 2022

# Contenido

Mensaje del director .....	4
Editorial.....	5
En esta edición.....	7
Colaboraciones	
Latidos Por Anyolina Guzmán.....	9
Mascotas Por Sophia Lauren.....	12
Invierno y Despedida de Otoño Por Yolanda Hernández.....	15
Tornado surfers y El fiordo de nosotros Por Eiric R. Durändal Stormcrow.....	19
Espantoso septiembre e Instantes Por Ibis Rodriguez Carro.....	34
El entenado Por Ricardo Bugarín.....	38
Hoy amaneció incoloro Por SEIS.....	40
Temporal y Azul y verde por siempre Por Patricia Schaefer Röder.....	44
Eso de adentro-Lo del anterior Por Beatriz Mayte Santiago-Ibarra.....	52
Rubem y Marguerite Por Javier Febo Santiago.....	56
Subo al cerro Por David González.....	64
Homenaje	66
Jota y Jota: Para siempre tú Por Consuelo Martínez Justiniano.....	66
“Requiescat in pace” Iván Segarra Báez Por Beatriz Mayte Santiago Ibarra.....	72
Iván Segarra-Báez (1967-2022).....	76
Colaboraciones del Dr. Iván Segarra Báez en la Revista Le.Tra.S.....	78
Lo divino en La presencia ignorada de Félix Franco Oppenheimer.....	78
La otra cara de la historia (no contada): algunos apuntes y desapuntes de la negritud boricua.....	85
El «José» de Carlos Drummond de Andrade de (1942) versus el «José» de Manuel Ramos Otero de (1994) reinterpretación onírica y espiritual de la poética brasileña versus la poética puertorriqueña.....	94
Poemas por el Dr. Iván Segarra Báez	104

Dolor de amor.....	104
Los hijos del desastre.....	106
Yo soy el innombrable.....	110
Las palabras.....	112
Me recordarás.....	115
Cuentos por el Dr. Iván Segarra Báez.....	118
La charrasca roja.....	118
La mujer.....	122

## Mensaje del director



*Dr. Luis Marrero Alvarado, director de la Universidad Ana G. Méndez, Bayamón.*

Los cambios, retos y oportunidades son parte de los procesos educativos. Comprometidos con ello, educamos y nos preparamos para afrontar con entereza cada una de las experiencias que nos moldean como personas. En ocasiones queremos cambiar al mundo y puede que lo veamos como algo imposible, pero podemos lograrlo con el arma más poderosa que tenemos: la educación; cuyo recurso transformador es la palabra.

Con la revista literaria Le.Tra.S. contribuimos a forjar el cambio por medio de la literatura. Le.Tra.S. brinda un espacio de colaboración y libertad literaria que aporta significativamente al crecimiento individual y

colectivo. Exhorto a todos los lectores a formar parte de este proyecto

# Editorial



*Dra. Consuelo Martínez Justiniano, editora.*

*Resérvate el amor, mi Amor, para cuando  
el amor llegue.*

*Resérvate el amor, mi Amor, para cuando  
el amor duela.*

*“Me recordarás”*

*Iván Segarra Báez*

La nueva entrega de Le.Tra.S. rinde homenaje a nuestro querido amigo y colega, Dr. Iván Segarra Báez, quien falleció el pasado 19 de octubre de 2022. Nuestro compañero fue profesor de esta Institución, durante varios años, y un fiel colaborador de esta revista. En su memoria presentamos un ensayo íntimo y anecdótico y un poema nostálgico y emotivo.

“Jota y Jota: para siempre tú”- fragmento:

*La velada iba espectacular, la decoración era de ensueño, los invitados divinos, la música celestial, el coctel delicioso, las lecturas inspiradoras... hasta que te saliste del guion. ¿Recuerdas? “Eso no está en el guion”, te dije frente a todos y ocasionó tanta risa que fue como una chispa que se prendió (que parecía parte del guion, pero de verdad no lo era) y fuimos la pareja perfecta. Nunca habíamos interactuado como moderadores de alguna actividad, no nos dio tiempo de ensayar, pero parecía que lo habíamos hecho toda la vida. Estábamos tan compenetrados, nos salía tan natural que la primera vez que tuve que ser maestra de ceremonias sin ti, fue un gran pesar.*

“Requiescat in pace”- fragmento:

*“Réquiem” por un compañero del universo universitario,  
por el club de Bazooka Joe el jefe de la ganga,*

*le decía en las tardes de entre-salones,  
por ser marullo del Caribe,  
por motor de dos ruedas.*

*La velocidad mirando a través de sus espejuelos  
de Segarra Báez, y su parche del invencible  
pirata honrado con fortuna.*

Como parte del tributo a su recuerdo y a su ardua labor literaria, recopilamos varios de los textos con los que contribuyó por espacio de siete años. Incluimos tres de sus ensayos investigativos: «Lo divino en La presencia ignorada de Félix Franco Oppenheimer», «La otra cara de la historia (no contada): algunos apuntes y desapuntes de la negritud boricua» y «El ‘José’ de Carlos Drummond de Andrade de (1942) versus el ‘José’ de Manuel Ramos Otero de (1994): reinterpretación onírica y espiritual de la poética brasileña versus la poética puertorriqueña». También presentamos varios de sus poemas: «Dolor de amor», «Los hijos del desastre», «Yo soy el innombrable», «Las palabras» y «Me recordarás». Por último, compartimos dos de sus cuentos: «La charrasca roja» y «La mujer». Estos textos son solo una muestra del gran legado investigativo y creativo que nos deja Segarra Báez.

En esta edición, además, contamos con las acostumbradas participaciones de diversos autores que respondieron a nuestra convocatoria. Compartimos contribuciones de cuentos y poemas de escritores oriundos de República Dominicana, Argentina, Venezuela, Estados Unidos y, por supuesto, Puerto Rico. Agradecemos a todos nuestros colaboradores e invitamos a los lectores a disfrutar este nuevo número con el que cerramos el año 2022. De modo que, a su vez, les deseamos un nuevo año lleno de prosperidad y nuevas Le.Tra.S.



## En esta edición:

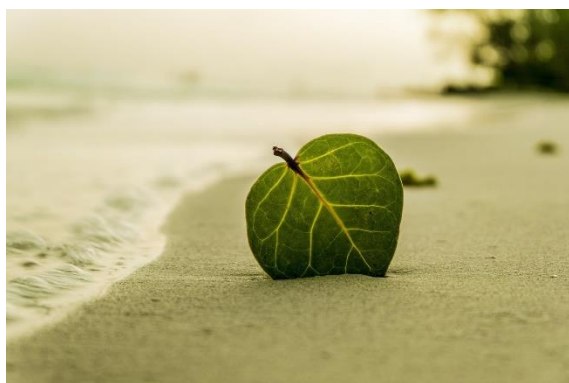


### Homenaje al Dr. Iván Segarra Báez



### Temporal y Azul y verde por siempre Por Patricia Schaefer Röder

Despierto de golpe, con el corazón en la boca  
y bañada en sudor. ¿Qué me pasa?



### Eso lo de adentro-Lo del anterior Por Beatriz Mayte Santiago-Ibarra

Mi beso interno se deslizó  
Y  
Por tu rodilla izquierda,  
Subió hacia la derecha.



### **Espantoso septiembre Por Ibis Rodríguez**

Ingrato, rencoroso,  
nos castigas año tras otro.  
Llegas sigiloso,  
como quien se aproxima a dar la bofetada,  
que en tu caso es de viento, agua y espanto.



### **Tornado surfers y El fiordo de nosotros Por Eiric R. Durándal Stormcrowd**

En el futuro buscaremos la muerte en el  
límite de los extremos —dice el abuelo de  
Yelken justo antes de morir.



# Colaboraciones

## Latidos Por Anyolina Guzmán

La vida entera es un latir,  
las cosas fueron hechas así,  
todo palpita, nada está quedo,  
eso es ya parte del existir.

Laten las hojas cuando la brisa,  
las acaricia sin preguntar,  
cuando el rocío, frío, las baña  
muy de mañana, al despertar.

Laten las olas siempre ruidosas,  
mientras dan golpes al paredón,  
cuando sus cánticos frágiles dejan,  
en algún recodo, en algún rincón.

Las estrellas desde los cielos,  
laten teñidas de un tono azul,  
y en la distancia ellas sonríen,  
cubiertas todas de un fino tul.

El águila late desde muy alto,  
mientras sus alas batiendo va,  
y majestuosa, surca los cielos  
haciendo alardes de libertad.

El sol palpita, con gran estruendo,  
desconocemos, pues, la razón,  
su rayo bate, a veces tenue,  
y en ocasiones con gran furor.

Laten alegres los corazones  
como diciendo “aquí estoy yo,”  
si ellos palpitan es porque hay vida,  
y agradecidos dan gloria a Dios.



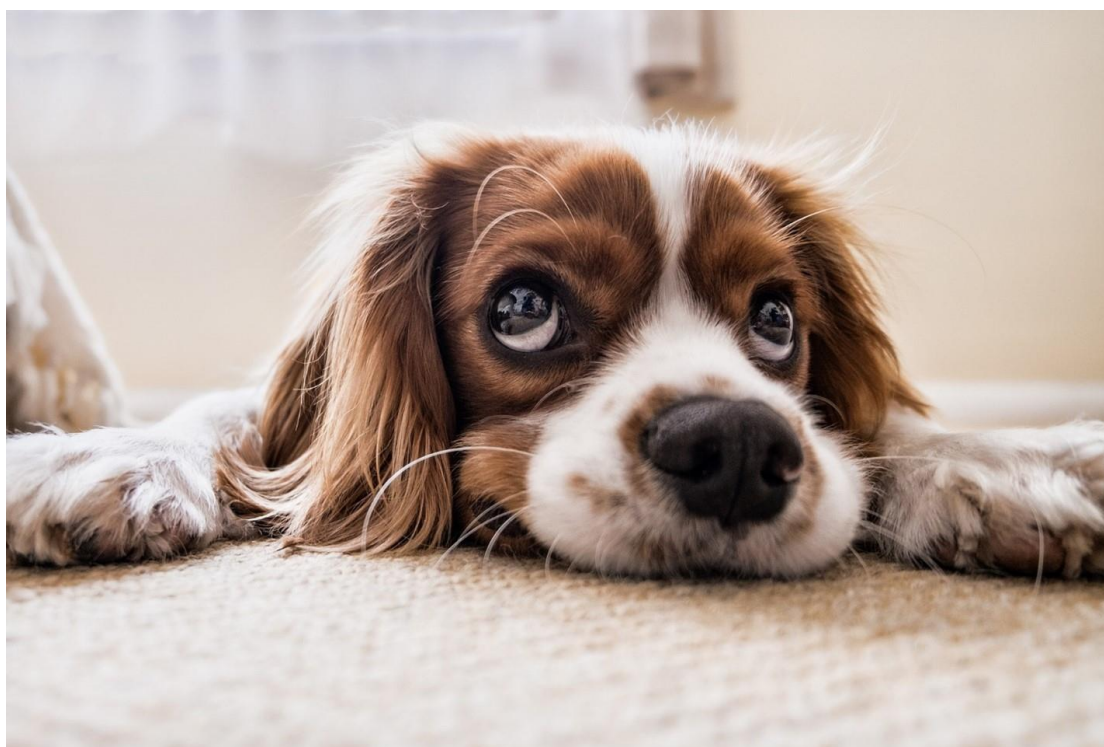
## Sobre la autora



Anyolina Guzmán nació en Salcedo, República Dominicana. Años más tarde (1996) se radica en Caguas, Puerto Rico. En el año 2002 obtiene el grado de bachiller en Ciencias Sociales con concentración en Comunicaciones (Summa Cum Laude) en la Universidad del Turabo, hoy Universidad Ana G. Méndez, recinto de Gurabo. En el 2004 obtiene el grado de Maestría en Asuntos Públicos con concentración en Administración de las Artes. Guzmán, además de dedicarse en sus ratos ocio a la escritura y a la pintura, es profesora de español y técnica en el Laboratorio de Redacción de dicha universidad. En el 2013 publica su primer poemario “Destellos del Alma”. Actualmente trabaja en su tesis doctoral en Filosofía y Letras del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.

## Mascotas Por Sophia Lauren

Los quejidos de Emilio llenaban el silencio en el apartamento. El golpe constante de su cola contra el piso le dejaba saber a Ronaldo que tenía hambre. El niño comenzó a hacer un cálculo del tiempo para saber cuándo fue su última comida y concluyó que fue el día anterior al mediodía. Ronaldo se dirigió hacia la nevera con esperanzas de encontrar una cena que aliviara el refunfuño de sus estómagos hambrientos. Abrió la nevera y se encontró con estantes de vidrios limpios. Cerrando la puerta, se dirigió hacia el gabinete y dentro de la oscuridad del espacio, se encontraba una lata de salchicha solitaria. Emilio sintió la alegría que emitió Ronaldo al encontrar su cena. El niño abrió la lata con cautela y dividió el contenido en dos. Ambos se sentaron en el piso saboreando la carne enlatada. El perro se comió su parte en bocados rápidos, terminando primero que el niño. Mientras Ronaldo terminaba su comida, tomó un segundo y observó sus alrededores. El apartamento era de un cuarto y un baño. La cocina y la sala eran un espacio compartido creando una visión clara de lo que era su hogar. Para muchos el espacio era estrecho, pero para Ronaldo era más que suficiente para su mamá, su perrito Emilio y él. El niño terminó de comer y dirigió su mirada hacia su perro.



—No te preocupes, Emilio, pronto tendremos más comida —el niño acarició la cabeza del perro hasta que se recostó sobre su pierna.

Luego que Ronaldo terminó su cena, le pareció haber escuchado a alguien tocar la puerta. Se levantó de prisa, pensando que su madre había llegado temprano a la casa. Al abrir, se encontró con la señora que iba todos los meses a depositar un sobre blanco con el nombre de su madre escrito en la portada. Como rutina, le dijo al pequeño que se asegurara de darle la carta a su madre y que iba a volver el próximo mes. Ronaldo, decepcionado, cerró la puerta y colocó la carta encima de la montaña de papeles existentes en la mesa.

Horas después, el niño y el perro se encontraban sentados en el mueble. El sonido de las llaves abriendo la puerta alertó a Ronaldo de la llegada de su madre. Con ansias de abrazarla, se levantó del mueble y corrió hacia la puerta. Su madre entró sin darse cuenta de que estaba parado en la entrada. Ronaldo, como niño obediente, esperó a que su madre colgara sus llaves en la pared y se quitara los zapatos. Ella siempre entraba y salía de prisa, como si estuviera compitiendo con el tiempo. Siguió su rumbo hacia su cuarto quitándose la ropa de camino y sacando lo que se iba a poner. De zapatos bajitos a tacones y de pantalones largos a trajes brillosos.

—Ronaldo, ¿dónde puse mi bolso de maquillaje? —ella preguntó mientras rebuscaba en sus cosas.

El niño, aun estando en la entrada, pudo escuchar claramente la voz de su madre.

—Está en el baño, mamá —le contestó el niño.

Su madre se dirigió al baño y agarró lo que necesitaba. El niño esperando a que su madre volviera a la entrada, recordó la carta que le entregaron durante la tarde.

—Mamá, la señora de los meses pasó otra vez a dejarte otra carta, la puse con el resto.

Su madre no le dio mucha importancia a lo que le dijo su hijo mientras buscaba las cosas que le faltaban.

—Con que yo no esté cuando ella venga, estamos bien, cariño. Si te llega a preguntar por mí le vas a decir que estoy haciendo horas extras en el trabajo. —le recalcó. Esa señora se cree que no tengo otras cosas que hacer. —ella siguió murmurando comentarios mientras seguía recogiendo.

Regresó a la puerta con un bulto en mano. Ronaldo reconoció lo que significaba el bulto; una larga noche de espera.



—Bueno Ronaldo, no tengo mucho tiempo. Tienes comida y agua en la nevera, no esperes por mí. ¿Está bien? —le plantó un beso en la frente. —Acuérdate de darle comida al perro, yo no tengo tiempo para estar pendiente de él. —y con una mano despeinó a Ronaldo.

Antes de agarrar sus llaves, se arrodilló frente al niño y por primera vez le brindó su completa atención a su hijo y le preguntó.

—Amor, ¿tienes esos diez pesos que te regaló abuelita? Los necesito para algo, pero te prometo que te los devolveré cuando cobre horita.

Sin pensarlo, Ronaldo sacó el billete de su bolsillo y se lo entregó a su madre. Ella agarró sus llaves y salió por la puerta. Ronaldo, quieto en su lugar, esperó a que el eco de los pasos de su mamá desapareciera, manteniendo la fe de que volviera y decidiera quedarse. Al solo recibir silencio, Ronaldo regresó a su lugar en el mueble con sus juguetes y Emilio se acostó al lado de él. Ronaldo plantó su mirada en el reloj de pared observando cómo pasaban los minutos.

---

## Sobre la autora



Sophia Lauren es una joven escritora puertorriqueña del pueblo de Vega Baja. Desde muy niña encontró la magia de la lectura y, al pasar de los años, la magia siguió creciendo con ella. Terminó su certificado en Estética Integral en la Universidad Interamericana de Puerto Rico. Actualmente, es estudiante de Grado Asociado en Masaje Terapéutico en la Universidad Ana G. Méndez. Le apasiona leer y escuchar diversos géneros musicales. Sus géneros favoritos son el romance y el horror. Dos de sus autoras favoritas son Lisa Kleypas y Celia Aaron.

## Invierno y Despedida de Otoño Por Yolanda Hernández

Te deslizas por debajo de mis sábanas  
susurrando ventiscas heladas,  
fuera de época.

Tus dedos fríos recorren mis carnes  
como si fueras contando  
cada uno de mis poros  
hasta hacerme tiritar  
abriendo la boca y cerrando los ojos.

Escarchas nuestros labios en un beso  
suspirable sin aliento  
y nos abrazamos fuerte.

Has llegado demasiado pronto  
y sin anunciarte,  
mis tenebrosas calabazas  
tienen canas y sonrién estalácticas  
reflejando luces cercanas.

No estaba lista, aún no tengo los tarugos  
recostados en la chimenea,  
aún no ha cambiado el calendario.

El mundo prosigue su rumbo  
y yo sigo perdiendo trenes  
por no poder alcanzarle los pasos  
o tal vez todo sigue igual  
y simplemente estoy envejeciendo.



## Despedida de Otoño

Dime qué los silencios no acallarán tus sentidos  
y que el grito absorto de tu voz llamando  
no quedará ahogado en la fusión de este otoño.

Es sólo un tiempo como todos los tiempos,  
sólo una pausa necesaria que no estaba esperando.

Dime que es sólo la falta de sol  
por el invierno que se allega,  
este espacio entre nuestros sentimientos;  
como ves yo te sigo queriendo primavera  
y tu cuerpo es el verano en las arenas de mi cuerpo.

¿Cómo no he de extrañarte si aún te espera,  
la luz que brota de mis ojos en tu encuentro?



---

## Sobre la autora



Yolanda Hernández es poeta, cuentista y artesana puertorriqueña nacida en Bayamón, Puerto Rico. Reside en San Juan.



## Tornado surfers y El fiordo de nosotros Por Eiric R. Durandal Stormcrow

### Tornado Surfers

En el futuro buscaremos la muerte en el límite de los extremos —dice el abuelo de Yelken justo antes de morir. Se refiere al cambio climático, al mar que se traga nuestras tierras del recuerdo, a los huracanes, ciclones, tifones y monzones, que cada año son más grandes y fuertes, a los tornados que se forman en lugares donde la humanidad jamás los había visto, y el equilibrio del planeta se vuelve el mero capricho de un dios traidor y travieso. En el pueblo lo tildan de loco, hasta que un día el dedo de dios desciende sobre Iakubhamlet. El F14 no deja rastro de mi abuelo o sus detractores. Los tornados arrasan igual con los justos y los pecadores.

Yelken se sacude el recuerdo con un bofetón suave, presiona el botón de su pulsera de titanio y una luz invade su cuerpo. Se trata de un ejército de millones de nano células que le tejen un traje encima de la piel, de su color favorito: púrpura, que es más azul que el violeta, con el cual se protegerá de quedar desmembrado en el vórtice. Un casco de protección aparece al final, con forma aviar y pico de ganso. La música se activa en los auriculares. La música es vital para bailar con el viento. Finalmente, los botines gravitacionales se activan por igual y una tabla de surf se forma en sus manos. Corre hacia el tubo gris y oscuro que se forma en el cielo y salta con su tabla hacia el torbellino justo cuando toca el suelo. La multitud reunida a una distancia saludable ve la movida de Yelken desde unas pantallas gigantes, al otro lado del campo de trigo. El muchacho de 16 años se eleva de inmediato, da varios giros sobre su propio eje en el centro (50 puntos), regresa a un viento centrífugo y se eleva de nuevo. Esta vez hace giros imposibles, patea 184 rocas de menor tamaño con su tabla (a dos puntos cada una, según el nanoregistrador de su traje) y treinta de tamaño miedo (cuatro puntos por unidad). Finalmente, da lo que parece una caída en pico de la cual se sobrepone en último momento (mil puntos) y patear un árbol de gran tamaño (dos mil), para una cantidad total de 3,538 puntos. No es su mejor récord, pero la muchedumbre se desborda en gritos y amor. Nadie se le ha acercado nunca y lleva cinco años en primer lugar a nivel mundial. El tornado se disipa y la tierra regresa con violencia a su lugar de origen. El chico desciende con suavidad, planeando en la tabla hasta que su propio traje activa una suerte de paracaídas.

Sus padres se abalanzan sobre él.

—Estamos tan orgullosos de ti —replica la madre con un abrazo de esos que exprimían toronjas, cuando existían.

—Los amo mucho —contesta Yelken, que no puede parar de pensar en el abuelo.

Mientras escucha la radio (la emisora acaba de poner la canción favorita de la abuela, “Running up that Hill”, de Kate Bush), el abuelo sonriente y jovial prepara la cena: jabalí

azul asado a la naranja con patatas fritas y moras nibelungas. Los padres de Yelken le ayudan a servir la mesa. El patriarca le cede el espacio a la madre para que corte la carne. Cuando ya todos se han servido, el abuelo borra su sonrisa y apaga la radio de súbito.



—Ha llegado el momento de decirles lo que viene.

Todos enmudecen. El padre de Yelken refleja el mismo gravitas que el abuelo. La madre muestra sorpresa, las cejas bien levantadas, los ojos muy abiertos, el bocado a medio masticar, pero da igual, ella también sabe.

—No hay escapatoria. La Tierra grita.

Les explica la ciencia. Lo que ha descubierto desde su laboratorio con telescopio estelar. Las alteraciones en el clima planetario ya son evidentes y se ha pasado del punto de no retorno. Ya no hay nada que se pueda hacer. Por ahí viene la segunda edad de hielo. Yelken llora confundido. Es muy joven para cargar con los pecados de toda una raza, de un imperio dominante imaginado así por la facultad de pensamiento inherente a sus miembros. Es muy joven para entender su herencia. Demasiado crío para saber cómo era el mundo antes del desastre que le tocará. Sus padres no hacen nada por consolarlo, en parte aliviados porque ya no tendrán que explicarle nada, porque no resta qué explicar. ¿Cómo describirle la majestuosidad de lo que fue un elefante, la imponencia de un rinoceronte, la ternura de un koala o la gracia de un águila calva? ¿Cómo explicarle la magnitud de la belleza de una jacaranda florida o un flamboyán, si ya ni existen las ballenas?

—Los primeros tornados violentos se van a dar en esta área.

—Mandé a construir un búnker para nuestra familia —replica el padre de Yelken—, pero me temo que no estará listo cuando caiga el primero.

—Deben irse del pueblo.

La madre está a punto de responder que no lo harán sin el abuelo, cuando se da cuenta de que su mirada se ha vaciado de alma. Solo sucede unos cuantos segundos. Luego, el abuelo “reinicia” y cae en cuenta.

—¿Quién eres?

La confusión, como la violencia, genera más confusión.

—¿Papá?

—Ah, hija. Qué susto. De repente se me fue todo.

El campeonato siguiente de tornasurf es en el Triángulo de las Bermudas. Allí llegan los participantes y los fans en naves a prueba de metano, comunicaciones en clave morse y brújulas programadas con la tecnología migratoria de las aves. Esperan por las trombas marinas a 5 kilómetros al norte de lo que fue San Juan de Puerto Rico. Antes del cambio climático, las trombas marinas generalmente figuran en el nivel FO de la escala Fujita. Sin embargo, hemos trascendido la inocencia y ahora vemos a la bestia a los ojos. La F7 no se hace esperar.

Algo peculiar ocurre cuando el agua viaja a más de 150 mph. Por momentos, puede hacerse sólida. El tornasurf en las trombas marinas requiere destrezas especiales que no todo tornasurfer posee: la habilidad de correr sobre el agua.

Yelken aprieta su pulsera de titanio, pero una chica lo hace antes y se lanza al vacío con su traje y tablas plateadas. Luego de activar su música Yelken se lanza tras ella.

El agua solidificada por la violencia de la velocidad del viento le sirve a la vez de trampolín y escalera. La chica hace lo propio: lo que importa es el ascenso a toda costa. Desde las naves que sobrevuelan el mar, se lanzan varias bolas de distintos colores que la tromba recoge. Las blancas valen 10 puntos, las rojas 50, las azules 100 y las negras 1,000. Hay una súper bola pintada de arcoíris que vale 2,500 puntos y quien la patee con su tabla le da fin al torneo.

Yelken se concentra en las rojas y azules, pateando blancas solo cuando están en su camino. Nota que la chica trata de patear dos bolas negras en un solo movimiento, sin lograrlo. Le extraña la coincidencia. Usualmente, solo se sueltan tres bolas negras por

torneo. Le preocupa que su contrincante pueda patearlas, así que las persigue y golpea con su tabla.



Su estrategia siempre es hacer la mayor cantidad de puntos posible, incluso hasta superar los 2,500 puntos de la bola premiada antes de que esta salga. Dos minutos después, sin embargo, una luz viva y extraña le golpea los ojos a través del visor de pico de ganso de su traje violeta. La bola de arcoíris reacciona a la luz blanca del Atlántico. La tiene en la mira. El joven hace una caída en picada y asciende en ángulo de 90°. La pateo. Se supone que se acabe la competencia y se le declare ganador. Sin embargo, la chica de plata la pateo a último minuto con su tabla y suena el timbre infernal de la nave contabilizadora de puntos. Yashira Nas Teé: 2,790 puntos. Yelken Van Der Snatch: 3,400 puntos. Al descenso, la Yashira planea con su paracaídas lo más lejos posible del ganador. Y así mismo desaparece entre la muchedumbre que vitorea desde las naves.

Años antes, cuando la conversación sobre el cambio climático apenas era una posibilidad lejanísima, digamos, durante la década del 2010, el abuelo nota patrones extraños que, por sí solos no indican nada, pero juntos pintan un cuadro aterrador: la frankentormenta Sandy, cambios drásticos en las rutas migratorias de los colibríes, oscilaciones violentas en las ondas de calor y los frentes fríos y el descongelamiento del iceberg más grande e importante del mundo: el B-15, separado, roto y derretido el 22 de mayo de 2018. Tan pronto se da cuenta sale disparado de su casa en la ladera este de una colina, se monta en

“La Roja”, su Suzuki Aerio de 2003, que todavía funciona, aunque con una estela de concierto asinfónico a su paso, y la emprende hacia el pueblo.

Iakubhamlet es un pueblo del norte con casas en ladrillos y rocas y algunos detalles en madera. Significa “el pueblo de Jacob” y es uno de los primeros asentamientos puritanos del área. El pueblo sigue la delta navegable de un río con cauce, de manera que cada casa está montada en una especie de islote en la delta, cada casa tiene su bote familiar y su molino de agua para generar energía eléctrica. Una vez allí, el abuelo estaciona el auto en el aparcamiento municipal.

—¿Adónde debo ir? Piensa.

Decide visitar al profesor de física, amigo suyo, que casualmente imparte el curso de ciencia en la escuela superior del pueblo. Se monta en uno de los botes y se dirige a una de las isletas más lejanas. El ruido fantasmal del motor despierta al profesor de su siesta.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, mientras el abuelo ancla el bote en la rivera—. Creí que acordamos que jamás volverías a pisar este lugar.

—¿Has seguido las pistas, como te enseñé?

—¿Quieres decir la pseudociencia esa que practicas?

—Lo primero que te enseñé fue la importancia de una mente abierta.

El profesor respira hondo.

—No te he perdonado todavía.

—No me sorprende. Dijiste que jamás lo harías. Ahora necesito que me escuches. Luego me largo y no me vuelves a ver.

El maestro le habla al estudiante de las pistas que ha encontrado durante los pasados siete años, tras su expulsión del pueblo. Solas y separadas no significan nada. Pero todas las señales se han dado juntas, a veces en un mismo día. Todo está conectado en esta tierra. El estudiante recuerda a su maestro favorito antes de la noche en que lo sorprende empalando a su novia en la oscuridad del laboratorio del instituto.

—Debes superarlo ya. Alana murió a los dos años. Pudiste haberte despedido de ella.

El rostro anímico y pálido del profesor se enciende en un rojo que solo se encuentra en su estado natural dentro de los volcanes. El abuelo respira hondo mientras recibe la consabida diatriba gritada del profesor.



—¿Terminaste? —pregunta tras el paso de 17 minutos—. Esto es importante. Iakubhamlet está en Tornado Alley. Este pueblo no tiene un búnker. Hay que construirlo ya.

—Estás loco. ¡Vete a la mierda! ¡Lárgate de aquí antes de que llame a los vecinos!

El abuelo coloca sus manos abiertas frente a su cuerpo en señal de rendición.

—De acuerdo. Traté.

Se monta en el bote y emprende el camino de regreso a su hogar.

Ya a su edad de 67 años, el abuelo no encuentra de qué forma podría construir un búnker él solo. Lo que sí puede hacer es instalar un altoparlante gigante en el techo de su casa, lo suficientemente ruidoso como para que lo escuchen en Iakubhamlet y las afueras.

Una noche, el abuelo escucha la canción de Kate Bush por última vez. *And if I only could/ I'd make a deal with God/ And I'd get him to swap our places...* Los platos tiemblan en la mesa. Una taza cae y se hace trizas. El abuelo se asoma por la ventana y ve la supercélula. Apenas le da tiempo a encender la alarma, que suena igual a las alertas de tsunamis. Pero de nada vale. El dedo enfadado de Dios desciende en forma de F14 y se lleva la delta entera junto a los alrededores. Las partes de los cuerpos de todos los muertos aparecen a más de 1,000 kilómetros de radio desde el epicentro del tornado. La cabeza del abuelo la encuentran en Ilberbury, los ojos cerrados en la expresión más triste de la humanidad. Su pierna izquierda aterriza en Lazarus, en el patio de la casa de una enfermera. El dedo con su anillo de matrimonio amanece al otro día en Femdel, cerca del lago.

El *grand slam* de ese año tiene lugar en las ruinas del pueblo donde todo comenzó: Iakubhamlet. Yelken lo recuerda gracias a las fotos que todavía conservan del abuelo. Quedan la delta del río, los cimientos de algunas casas, el rastro de que allí hubo, de hecho, alguna civilización. El chico recuerda y no puede evitar llorar.

—Señoras y señores, el torneo toma lugar en el Iakubhamlet, el pueblo destruido de nuestro campeón. Aunque es poético terminar este año donde todo comenzó, lo poético le cuesta a quienes vivieron allí. A nombre de la Organización Mundial de Deportes Extremos, pedimos un momento de silencio.

Yelken no escucha las palabras. Busca a sus padres con la mirada entre la muchedumbre, pero solo encuentra el rostro del abuelo una y otra vez, repetido, como si la foto del público hubiera sido intervenida para hacer un meme y todos los rostros los hubiesen alterado para parecerse al abuelo. Sus padres se dan cuenta de ello y corren hacia él. La chica de plata lo observa desde detrás de su visor, al otro lado del panel de competidores.

—Tienes que seguir hacia adelante, Yelken —le dice su madre—. Es lo que tu abuelo hubiera querido.

—Nada me queda seguro.

—La humanidad siempre persistirá, hijo mío —interrumpe el padre—. Ahora es el momento de demostrarlo.

La supercélula se asoma en el horizonte. Yelken se despide de sus padres.

—Señores y señoras, lo que viene es un F15. Tenemos que pedirles que ejerzan cautela y prudencia porque nuestros sensores no han definido su ruta.

Los competidores corren como si sus vidas dependieran de ello, y en parte, así es. El tornado más gigante de la historia, con un radio de 4.78 millas cuadradas y vientos de más de 475 millas por hora, los arrastra por los aires y los sujeta con la presión de las reglas de su física. Una competidora se rompe la nuca porque su traje nanotecnológico nunca formó su casco protector. Otro competidor es lanzado desde las gradas porque una piedra de mayor tamaño le golpea la bota derecha y su tabla de surf desaparece. Solo quedan Yelken y Yashira, la chica de plata, quien lleva la ventaja en puntos porque ha decidido golpear con su tabla todo cuando pueda golpear en el frenesí imposible de su propio tornado. Ella gira y gira sobre su propio eje, en su propio vórtice y, elevando la tabla a unos meros 50 grados, logra golpear todo lo que le lanza el F15. Si Yelken quiere ganar, tendrá que buscar la manera de sobrepasar sus puntos antes de que el tornado disipe su violencia. Entonces, ve el granero de una granja que se le acerca peligrosamente por los aires. Nunca había golpeado un objeto tan grande y pesado con su tabla, pero toda la fibra de lo que Yelken es le dicta que esa es la forma de ganar. En un momento de absoluta calma y silencio, la voz de Kate Bush le llega a través de los audífonos y, con ella, la voz del abuelo. Desciende en picada veloz, se trepa nuevamente y repite la danza 7 veces para ganar velocidad total. En su última pirueta, el tornado se disipa. Yelken alcanza el granero volador desde el punto perfecto y lo impacta. La muchedumbre queda tiesa. El choque dispara el granero hacia el suelo, pero también dispara a un Yelken desmayado. Los gritos de la muchedumbre no son suficientes para despertarlo, porque, ¿qué puede despertarte cuando te rebelas contra un mundo que ya no vale la pena?

En los aires, solo escucha las voces del abuelo, la abuela, Kate Bush, el padre, la madre, Yelken mismo... que cantan *Tell me, we both matter, don't we?/You, it's you and me/ It's you and me, won't be unhappy...* El coro lo despierta, aprieta el botón y el paracaídas le salva la vida y el torneo.

---

## El Fiordo de nosotros

*Bréf til framtíðarinnar*

*Ok er fyrsti nafnkunni Jökullinn til að missa titil sinn. Á næstu 200 árum et talið að allir jöklar landsins fari sömu leið. Þetta minnismerki er til vitnis um að við vitum hvað er að gerast of hvað þarf að gera. Aðeins þú veist hvort við gerðum eitthvað.*

— **Andri Snær Magnason**

*Ya nadie lee demonios.*

—**Eiric R. Durandal Stormcrow**

El día que decidimos irnos de Islandia es el día que Okjökull pierde su estatus como glaciar. Los islandeses no lloran como lloraríamos Joey y yo. Su forma de llorar es sonreírle al frío y elevar pancartas que dicen “RIP Ok”, “¡Declaren la emergencia ya!” y “Crisis de calentamiento global”. Son fuertes los islandeses. La lava de sus volcanes les corre por las arterias, mientras las venas se llevan la escarcha y la nieve. Joey y yo decidimos despedirnos de Islandia con esta procesión de activistas y ambientalistas, embadurnados todos con abrigo abombachados de naranjas, verdes y azules brillantes. Joey y yo lloramos distinto.

Mientras caminamos agarrados de las manos, siguiendo la peregrinación al cráter central del desaparecido Ok, como los locales le han llamado de cariño todos estos años, nos miramos con ojos vidriosos y capilares rotos de tanta desilusión. Sé que Joey recuerda nuestro viejo apartamento del piso 13 en San Juan, una ciudad dilapidada y olvidada en algún punto del trópico que tanto el Mar Caribe como el Atlántico pronto se encargarán de tragar. Yo, por ejemplo, recuerdo la pareja de patitos de hule que solíamos poner en la ventana del baño, desde donde podíamos ver el Atlántico, el mar del norte, siempre azul violeta y frío, que siempre he preferido al turquesa ácido y asfixiante del Caribe. Siempre acomodábamos los patitos dependiendo de si estábamos de buenas o peleados. De buenas, los patitos se besaban por el pico. De malas, miraban hacia lados opuestos, como enchismados. Y, a veces, el patito que representaba a Joey tenía el pico metido en el culo del patito que me representaba a mí.

Habíamos llegado a Reikiavik huyendo de dos huracanes que barrieron la isla en el mismo fatídico mes, separados por una semana. Luego del segundo, nos quedamos en Puerto Rico por tres meses ayudando a reconstruir lo que pudimos. Pero más pudo el terror de sentirnos olvidados y despreciados por el presidente Trump y su administración. Y, pues,

llega un momento en la vida de todo puertorriqueño en que debes abandonar la isla, porque el país te oprime. Dices que lo vas a cambiar dándole todo tu amor, dándole la milla extra todos los días, pero el país siempre te falla y te maltrata a diario. Si no es la incompetencia de un gobernador local que comenzó su carrera política con un plagio, son las calles destruidas, como cráteres de la luna, que terminan destruyendo tu auto. O son las nubaredas de gasolina quemada que se levantan como asfixiante ave fénix desde las plantas eléctricas que cunden la noche con su ruido infernal. O tal vez son los días con pocas horas de luz o tal vez el ocio de no saber qué más hacer para agilizar la reconstrucción del país. O tal vez es la corrupción, simple y sencillamente. Pero llega un momento en que, o te vas, o te pudres.

—Pero ¿adónde nos iríamos, que no fuese Estados Unidos? —pregunta Joey—. ¿Cuáles son nuestras opciones reales?

—¿Por qué no le doy la vuelta al globo y donde caiga mi dedo, allí nos vamos? ¿Te parece?

—A este punto, lo que sea por largarnos de este maldito mierdero.

Entonces, agarro un globo terráqueo, lo coloco sobre la mesa, le dio una vuelta suave, ligera, cierro los ojos, y poso el índice. Puerto Rico.

—Esto debe ser una broma.

—¡Ja! ¿Te imaginas, que el país sea tan cabrón que no nos deje ir?

—Trata otra vez.

Le doy una vuelta más fuerte y con mayor seguridad. Esta vez el índice cae en Reikiavik. Y así, aprovechando un vuelo baratísimo de ida, llenamos dos bultos con ropa, les pedimos atuendos termales a nuestros amigos viajeros, dejamos todo lo que éramos en un almacén de un barrio de San Juan y emprendemos el vuelo para no regresar. Uno nunca debe volver a una relación tóxica.

Ya en Reikiavik, nos damos cuenta de que, aparte de nuestra ropa, solo nos trajimos los patitos de hule. Reikiavik con sus edificios de colores brillantes y sus techos de tejas azules, verdes y terracota. Reikiavik con el silencio en las calles, no como un San Juan plagado del ruido de quien quiere escuchar reggaetón a toda mierda y quiere que tú lo escuches también sí o sí, porque ¿por qué no? No como un San Juan adolecido de plantas eléctricas o la bocina de algún auto o camión que tiene prisa y no puede pasar por culpa de algún desconsiderado quien, desde adentro de su pequeña unidad rodante con aire acondicionado, no le importa el calor de los demás. Reikiavik tan distinto a San Juan. Reikiavik no colonizado. Reikiavik nos gusta mucho más.



Nos encanta la playa de Hellnar, cubierta de piedras lisas y riachuelos de magma congelada. Allí, pasamos el tiempo haciendo lo que nunca hicimos en Puerto Rico: quedarnos mirando al ocaso mientras esperamos que algún pez hale las cuerdas de nuestras cañas de pescar.

También nos paseamos agarrados de la mano por la calle Lokastígur hasta llegar al Café Loki, dos idiotas enamorados vestidos de abrigos amarillos, lo que jamás hicimos en Puerto Rico. Allí nos sentamos al frente, en las sillas amarillas, comemos pescado majado y gratinado con pan de centeno. De lejos pareceremos dos patitos de hule.

Ahora caminamos en fila india mientras los locales entonan un cántico fúnebre cuyas palabras ni Joey ni yo entendemos, pero cuya melodía es un garfío que se nos hunde en el corazón. Me acuerda cualquier cosa que pudiéramos haber cantado como lamentación por la destrucción del Huracán María. Así es el duelo compartido. No hacen falta palabras, solo tararear melodías extrañas que otros cantan. Acompañarnos.

Cuando llegamos al centro del cráter, que años atrás había estado blanco y repleto de una vida fría, fría por la localización, vida porque la nieve también es vida, aunque parezca que toda vida cede ante su paso por la vida. Allí, en una roca, poco más de 100 personas

nos congregamos, entre ellas, Katrin Jakobsdottir, la Primera Ministro de Islandia, la expresidenta de Irlanda Mary Robinson, científicos, artistas y gente que ya no será la misma sin su manto blanco en su pedazo favorito de tierra. Y es que debe sentirse de lo peor que el ecosistema de tu país dependa de un balance global que no existe, y que, aunque ames a tu país y lo cuides hasta la muerte, la decadencia moral en otras partes del mundo produzca gases calientes que terminen derritiéndote los glaciares, dejándote desnudo, confundido, perdido, sin saber cómo llegaste a este punto, cómo llegamos de un valle lleno de nieve, donde los niños hacían ángeles con sus padres, a una estepa rocosa, moribunda y gris. Y peor debe sentirse saber que, dentro de varios años, los demás glaciares de tu país correrán la misma suerte y te quedarás con mierda. Por culpa de gente que probablemente ni sabe que tu país, de hecho, existe. Esto es Puerto Rico otra vez. El ciclo que nos persigue.

Unos niños colocan una placa de bronce en la roca, mientras el escritor Andri Snær Magnason, un tipo blanco de esos que aparecen en las promociones de Internet, de gafas oscuras de pasta, entradas amables en su cabello algo tapadas por su *beanie* negro, ojos de azul caliente que contrastan con su cazadora polar anaranjada, y labios casi inexistentes, lee algunas de las palabras que aparecen en la placa: “Una carta al futuro: Ok es el primer glaciar islandés que pierde su estatus como glaciar. Durante los próximos 200 años, se espera que todos nuestros glaciares sigan el mismo derrotero. Este monumento sirve como reconocimiento de que sabemos lo que está pasando y sabemos lo que tenemos que hacer. Solo ustedes sabrán si lo logramos”. Cuando termina, ahí sí lloran los islandeses, y Joey y yo lloramos con ellos, porque esto sí se parece a nuestro duelo. Joey y yo éramos semillas que no nacimos en nuestra tierra y que el viento llevó acá, a la tierra del hielo y el fuego, a ver si en esta tierra tan volcánica y fértil, podíamos echar raíces. Pero ¿cómo echan raíces dos árboles que han crecido juntos hasta trenzarse y engordar sus troncos juntos con el tiempo? ¿Cómo regresar de árbol a semilla, aún si te ha batido el tiempo y la erosión de tus playas? No echaríamos raíces en un lugar triste o desde un lugar de pérdida. Así no se puede.

Ya de tarde, cuando regresamos a nuestra casa blanca de techo violeta, recogemos lo mismo que trajimos desde San Juan y dejamos todo lo demás. Ya nos hemos acostumbrado a soltar lo innecesario. Solo los patitos de hule viajan en nuestras maletas. Con un suspiro compartido, cerramos la puerta y nos montamos en un taxi en dirección al aeropuerto.

—¿Adónde nos mudamos ahora? —pregunta Joey tras un rato largo de silencio.

—Si el mundo se va a acabar, papito, mejor que cumplamos nuestro sueño, ¿no?

—Hay que ser felices —sentencia.

—Hay que ser felices —secundo.

—Este es el camino.



—Este es el camino.

Ya en el aeropuerto, compramos dos boletos de ida al aeropuerto de Sandane, en Noruega, que es el más cercano a la villa de Innvik, en la cual localiza uno de los más hermosos fiordos del país: Innvikfjorden.

Pagamos los boletos, no sin antes preguntarle al asistente detrás del mostrador: “¿Dónde puedo conseguir un curso de noruego?”

—En Noruega, casi todo el mundo sabe inglés.

—Ya. Pero queremos aprender la lengua. Por lo menos, lo básico.

—Un poco más adelante, a mano derecha, hay una tiendita donde venden cursos cortos y diccionarios de rápido acceso para turistas.

—Muchísimas gracias —contesta Joey.

Innvik es una villa minúscula bajo cualquier definición. Al llegar, varias personas blanquísimas nos miran de reojo y con sospecha.

—*God morgen* —digo lo mejor que puedo, según lo practicado en el vuelo. Joey repite.

—*God morgen!* —sonríe un muchacho cuya edad debe rondar los cuarenta, de hermosos bigotes rubios, barba roja y cabello castaño—. *Turister?*

—*Nei, vi er ikke turister* —digo mientras niego con la cabeza—. *Vi flytter hit?*

—*That's ok* —dice—. *At least you tried. We can teach you Norwegian here. Name's Kjell. Nice to meet you.*

—*Eiric here. Pleasure.*

—*Joey. Charmed.*

—*Innvik is growing bit by bit. It's not that big. We always welcome people from all walks of life. Where are you staying?*

—*We don't know yet* —Joey contesta—. *We just arrived.*

—*Why don't you boys stay at my place? I have an apartment on top of my house. No one's using it and it's a pity.*

Nos montamos en su Jeep y nos conduce una casa de madera de enebro, oscura, de techos tejados en turquesa, desde donde brota un apartamento igualmente techado, con entrada aparte. Lo interesante de su casa es que sobresale de la tierra, de una pequeña colina,

como si hubiese sido rescatada de las mismas entrañas del suelo. No hacen falta escaleras, porque la colina misma conduce al apartamento donde nos deposita Kjell.

Adentro nos espera un estudio con un solo baño, amplia cocina, comedor, balcón lleno de plantas, como nos gusta, paredes de madera intervenidas para ser pintadas con colores pasteles, una cama *king*, amplio clóset con espacio para caminar, en fin, un sueño. La renta de un apartamento así, digamos, en Nueva York, costaría más que una prótesis de testículo.

—*Do you like it?* —pregunta Kjell.

—*We do* —contesta Joey—. *A lot.*

—*Then, just take care of it and enjoy it.*

—*Why don't you enjoy it with us tonight?* —le pregunto, porque ya es de noche.

Joey coloca algunos leños en la chimenea, algo de papel debajo, y los enciende. Nos desnudamos con cariño. Joey se pega de los sobacos de Kjell. Yo de sus tetas velludas, que mamo como si su cuerpo me hubiera parido. Nos besamos los tres, juntando lenguas, salivas y aerosoles. Kjell pone música techno disco de 2018 que ha sacado de su celular. Bailamos desnudos, erectos, excitados y pervertidos por el paraje imposiblemente imponente y hermoso que es Innvikfjorden: un gran lago tan turquesa como el Caribe y tan ultramarino como el Atlántico, formado eones luego de que un glaciar se derritiera tras penetrar, violar y resquebrajar la tierra. Y montañas tan altas que cargan con todos los colores. Es casi de noche, pero en la última luz, todavía podemos ver los atisbos de la falda folclórica de la tierra alzada en rebeldía contra el mar. Y así nos penetramos, con los dedos, las manos, los puños, los bichos y los dildos. Kjell se viene con mi pie derecho en su culo, el cuerpo entero frío, sudado, latiendo alrededor de mi talón, su culo de seda y pelos rojos, rubios y castaños, que con el sudor casi se ven del mismo color. Joey se le viene en la cara y en su garganta. Dormimos los tres juntos y, de hecho, dormimos los tres juntos durante los próximos meses, cuando la pandemia llega finalmente a Innvik durante la época de turistas.

—Te deberías quedar con nosotros aquí.

—Mi papá me necesita en el hospital —contesta Kjell en el mejor español que Joey y yo le hemos enseñado—. Está bien enfermo. Tengo que estar allí.

—Por favor, toma las debidas precauciones. Te queremos de vuelta sano y salvo.

—Los amo.

—Y nosotros a ti, papito lindo.

El hospital, sin embargo, no da a bastos para todos los enfermos con COVID-19. Hay una cama para cada 5 personas. Los dos cruceros que llegaron se han convertido en hospitales y, aun así, no son suficiente.

Kjell regresa a casa tres horas más tarde con los ojos rojos, el rostro rojo, él todo rojo e hinchado. Su papá desarrolló la tormenta de citoquina, se le inflamaron los pulmones y se detuvieron. Kjell dice que murió con una sonrisa en su rostro porque estuvo con su hijo en sus últimos momentos. Pero para ese entonces, no se sabe nada todavía de la tormenta de citoquina. Tampoco se sabe cómo se contagia en realidad. Dos semanas después, somos Joey y yo quienes le sujetamos la mano a nuestro amado Kjell mientras parte de este mundo en un furor de lágrimas que quisimos acallar con besos en la frente y sonrisas.

Joey y yo pudimos habernos contagiado, pero por suerte, no sucedió. Justo entonces, cosemos nuestras primeras máscaras y nos enfrentamos al fiordo, al encierro mandatorio, a la soledad, a la pérdida y a la muerte. Pasamos los días bebiendo té de limón, haciendo la prueba de aguantar la respiración por 30 segundos para asegurarnos de que no nos estamos inflamando por dentro. Y cambiamos los patitos de hule de posición varias veces. Contentos, enojados, contentos, enojados, tristes y mirando hacia el horizonte del fiordo, la mirada de hule perdida en lo que pudo ser y nos arrebataron.

Pero nos reponemos. Innvik cierra totalmente y deja de recibir turistas por un mes. Los casos de contagio bajan y llega el punto en que podemos quitarnos las máscaras y resurgir como aldea. Joey monta un pequeño estudio de ballet en la casa del primer piso, donde vivió nuestro amado Kjell, y que nos dejó. Yo fundo una editorial y les escribo a todos mis amigos de Puerto Rico. Algunos se mudan para Innvik y acá el pueblo los recibe con bombos y platillos y una cuarentena de 14 días. La aldea va creciendo y poco a poco, Joey y yo nos sentimos otra vez como si tuviéramos un país.



---

## Sobre el autor



Eiric R. Durandal Stormcrow (1980, San Juan) es escritor, artista plástico, handyman cultural y renacentista del futuro. Ha publicado más de 18 libros, entre ellos, poesía, cuento, novela, memoria, crónica y ensayo. Es editor en jefe de la editorial Gnomó y su revista oficial Evento Horizonte. Actualmente, vive en San Juan con su esposa y tres gatos.

## Espantoso septiembre e Instantes Por Ibis Rodriguez Carro

### Espantoso septiembre

Ingrato, rencoroso,  
nos castigas año tras otro.

Llegas sigiloso,  
como quien se aproxima a dar la bofetada,  
que en tu caso es de viento, agua y espanto.

Te deben borrar del calendario,  
hay otros -iembres,  
que lo completan y  
se portan mejor que tú.

Siembras miedo, dolor, terror...  
Y terminas como si nada,  
guardándote once meses más,  
para presentarte nuevamente,  
con ganas de azotar.





### **Instantes**

No se vale enviar un mensaje,  
no se vale lamentar post muerte,  
no se vale ignorar el presente.

No me digas que me quieres  
cuando mi alma ya vuela,  
no me digas que me amas,  
cuando ya no siento ni pena.

Quiéreme, abrázame,  
ámame y disfrútame cada día que pasa.

Así cuando trascienda,  
no sentirás quebranto, ni vacío, ni tristeza.



## Sobre la autora

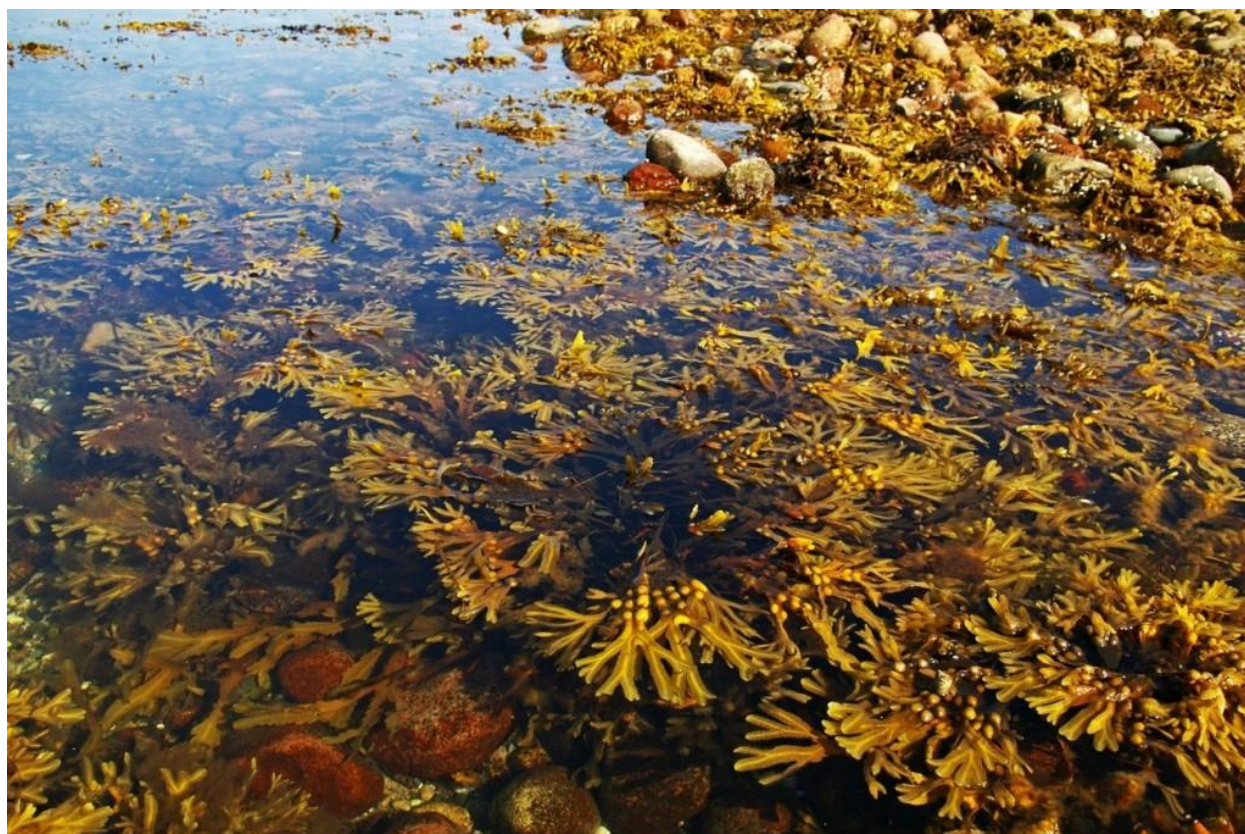


Ibis Rodríguez Carro es profesora universitaria en Puerto Rico y Estados Unidos. Promueve el estudio de las letras y la cultura puertorriqueña a través de sus conferencias y presentaciones. Su blog [letrasagitadas.com](http://letrasagitadas.com) recoge sus escritos y vivencias con el fin de entretener, compartir y educar.



## El entenado Por Ricardo Bugarín

Yo nací con algunas restricciones. Mis abuelos ya no existían, mi madre falleció al darme a luz y mi padre era un desconocido. Fui criado por una familia de ucranianos y las cosas se fueron dando de tal modo que ahora estoy en este país, habitando una especie de mar inmenso cubierto todo de pasto. En el tiempo que se viene el lino, el sol parece estrangularse en sus colores y el aire todo se llena de un aroma especial y sostenido. A unas leguas de aquí habitan los que serían mis vecinos. No nos frecuentamos y no nos entendemos. Ellos hablan un idioma que desconozco. Con los que serían mis empleadores, las señas pueden acercarnos al menos para lo imprescindible. Todo lo demás es ancho mar lleno de pasto. También es una cárcel. Soy, al final, el entenado de la tierra. Cuando ya no quede ni en osamenta, tal vez alcance la liberación definitiva.



## Sobre el autor



General Alvear, Mendoza, Argentina, 1962. En el género de la microficción ha publicado: “Bonsai en compota” (Macedonia, Buenos Aires, 2014), “Inés se turba sola” (Macedonia, Buenos Aires, 2015), “Benignas insanias” (Zherezade, Santiago de Chile, 2016), “Ficcionario” (La tinta del silencio, México, 2017) y “Anecdotario” (Quarks, Lima, 2020).

---

## Hoy amaneció incoloro Por SEIS

M

u

e

r

t

o

como si todo se lo tragasen algunos  
ángeles ebrios

el olor pestilente/penetrante/ de la  
sol-edad

es absorbido

por esos entes quiméricos de  
vestimentas inauditas  
y de modales afeminados

que en estados de fabulosas  
conveniencias étlicas

le dan miles de vueltas/con sus alas  
de pajarracos de-mentes

a la tierra macilenta/enferma de  
senectud cósmica

Tristeza /llenas de gusanos azabaches  
la noche

Allá

a

b

a

j

o



los humanos se carcajean/falos  
sonrientes

mientras miran volar un cortejo de  
hermosas mujeres

que hacen piruetas sobre la neblina  
gélida/oscura/bruna

mostrando desenfadas las curvas de  
sus encendidos cuerpos

que en semejante travesía arrojan  
infantes llorones/fetos garzos

es apocalipsis venenoso/pues... llueven  
orgasmos enloquecidos

sobre la tierra embravecida

para fecundarla de pura sexualidad/de  
gemidos eternos

y hasta de frenéticos  
suspiros/delirantes/ ¡extravío puro!

Tristeza/llenas de mariposas negras las  
Almas

Ni siquiera los relámpagos furiosos/  
que salen de la boca universal

con sus flechas flamígeras/llenas de  
venenos pavorosos

pueden “apagar” los gemidos  
perpetuos/del avispero mujeril

que preparan sus aguijones  
suculentos/para seducir con sus arcos  
de pechos

/sus lanzas de caderas tersas

y sus sudores pandémicos de lúbricos  
ardores

que envuelven/cercan/a los  
hambrientos de libídine

y hasta de amores/de amores...

Tristeza/lloviznas las caras pálidas de  
las mujeres excitadas

En brama/en celo sempiterno/se  
desmoronan desde la cúspide erótica

/las diosas desnudas/convertidas en  
mujeres aladas de orgiásticos cantos

/buscando oídos célibes/mancebos/  
para extasiarlos/transportarlos

/Hasta los confines eternos del  
Cuadrilátero Voluptuoso

Tristeza/perra con dientes de marfil... y  
ojos de gata

A

Z

U

L



## Sobre el autor



**El Seis** (no es de un país en particular, es un hombre universal. Por el momento se encuentra en los Estados Unidos Mexicanos, como podría estar en España, Argentina, Francia, Alemania) se ha preparado en grado óptimo en los bares, cantinas, tabernas, panteones, y algunos manicomios. Ha estudiado: Filosofía, Letras (en

universidades donde estudian los humanos).

## Temporal y Azul y verde por siempre Por Patricia Schaefer Röder

### Temporal

...porque todo en la vida es *temporal*

Despierto de golpe, con el corazón en la boca y bañada en sudor. ¿Qué me pasa? Bebo un gran sorbo de agua. Mi piel empapada se seca despacio bajo una fina escarcha salada, dejando en el lecho el mapa de mi cuerpo. Tengo frío; lo único que me cubre es un lienzo de hilo. No suelo necesitar más; las noches aquí son cálidas y el contacto directo del yo vulnerable con las sábanas me consiente en una sensualidad liberadora. Pero hoy es diferente; el aire se siente pesado y gélido.

La luna blanca y redonda entrando por la ventana tampoco me ayuda a encontrar la paz. Los coquíes, que normalmente me acunan en un delicioso sueño con su canto amoroso, hoy parecen más exaltados que nunca. Las sombras de las palmeras agitadas en la pared de mi habitación y el barrido de las ramas sobre los muros de la casa me dicen que se avecina una borrasca. En un acto premonitorio, el perro ladra y entra por el acceso de la cocina.

Entonces, sucede. El cielo cae con todo su peso sobre el mundo que encuentra a su paso, subyugándolo, envolviéndolo en un manto líquido, grueso y limpio. Las enormes gotas chocan contundentes contra árboles, techos, paredes, suelo. Contra el espíritu atrapado en la armadura aquella. Contra el alma que teme marchitarse. El viento sopla cada vez con más fuerza, como queriendo arrasar la rutina acumulada en mil años de una existencia corriente. Agua, viento. Más agua. Más viento. Las ventanas se comban, estremeciéndose ante la presión de las ráfagas que se vuelven casi continuas e impredecibles en la penumbra. Los vidrios parecen de goma, tan elásticos resultaron ser. El golpeteo creciente de la lluvia se mezcla con el atropello de las plantas, zarandeadas en

todas direcciones por rachas enloquecidas que parecieran buscar una salida en medio de lo abierto. El agua se escurre brillante por techos, muros y ventanas. Por árboles, palmeras y trinitarias. Por los objetos que forman parte de mi vida y la de mi familia, que se quedaron a la intemperie, indefensos, aquella noche que no debía llover. Por las pendientes del jardín y el patio. Por mi mente, que no quiere darme un respiro. Como tantas otras cosas en la vida, lo que comenzó como un concierto grandioso, se transformó en un ruido asonante; una manifestación iracunda de la hostilidad de Huracán, el Dios del Mal en el Caribe, en su insistente afán de arrasar con lo que no le pertenece.



Así, con tanta furia contenida en su naturaleza, va destrozando sin clemencia cuanto descubre a su paso. Árboles, postes de luz, cosechas, casas, industrias. Todo cae. Al desmoronarse el mundo, los restos quedan esparcidos en un gran charco universal, reducidos a su mínima expresión. El pánico se apodera de quienes no estaban preparados para tal suceso, pero en medio del desastre, reciben el apoyo de desconocidos que les tienden la mano.

Al fin, después de un tiempo que parece interminable, el estruendo se debilita. El viento cede. El agua cesa. Una vez más, el infierno resultó ser momentáneo. Poco a poco sobreviene la calma, con la esperanza que trae la nueva mañana. La experiencia me dice que el arco iris está a punto de aparecer. Volveremos a edificar nuestras vidas, lo sé. Mientras tanto, nos ayudaremos como hermanos, recogiendo los escombros para allanar el camino al futuro.

## **AZUL Y VERDE POR SIEMPRE**

Abro los ojos al vasto cielo azul  
celeste intenso de mi niñez  
azul noble de sentimientos  
clara y transparente bóveda inmensa  
centella eterna que recibes y das  
toda la luz  
cada uno de mis días.

Azul sólido  
donde mar y aire se funden  
azul enérgico  
leal y fiel  
a mí misma  
por siempre  
necesario.



Me sumerjo de nuevo en el azul  
ese azul marino profundo  
que nunca ha dejado de recibirme  
deja que vuele entre tus olas  
arrúllame en tu cadencia primigenia  
arawaka, taína, maya...  
caribe.

Soy yo en este mundo  
entero de azules y verdes  
que tenaces abrazan mi vida  
desde adentro  
inundando mi existencia  
hasta afuera  
...desbordando el corazón.

Verde es la luz que me alcanza  
bajo el grueso manto de la arboleda  
tonos cálidos, refulgentes de amarillo  
cuando el sol accede  
dejándose atrapar  
entre sus redes.

Verdes oscuros  
de los bosques ancestrales  
matices brillantes  
de las selvas tropicales  
verdes que vivo  
a plenitud  
en mosaicos variopintos  
unos en otros  
todos en uno  
infinita gama  
miles de posibilidades  
oportunidades...  
Libertad de acción  
pensamiento  
sentimiento  
albedrío total.

Millones de hojas  
arropan mi alma  
respiro hondo  
llenando el pecho  
de todos los aromas silvestres.  
Entonces  
el espíritu se sacude

ejecutando aquella danza  
primordial  
pura esencia de verdes colinas  
selvas  
campiñas  
frescor matutino  
sutil celeste sobre verde  
calor de la tarde  
esmeraldas entre el índigo  
follaje de árboles y palmeras  
pintado en mi cielo antillano  
con el sol del trópico  
incandescente  
ardiente  
perpetuo.

Azul y verde  
los llevo en mis pupilas  
para siempre  
por siempre.



## Sobre la autora



Patricia Schaefer Röder nació en Venezuela y reside en Puerto Rico. En 2011 ganó el XX Concurso Literario del Instituto de Cultura Peruana en Miami, EE.UU., con su cuento “Ignacio”. Sus cuentos han aparecido en muchas compilaciones, como *Andares* y *Divina: la mujer en veinte voces*, premiada en los International Latino Book Awards

(ILBA) de los EE.UU. en 2019. Publicó *Yara y otras historias* y *A la sombra del mango*, también premiado en los ILBA 2020. Es miembro de la International Society of Latino Authors, el Pen de Puerto Rico Internacional y la Asociación Internacional de Poetas y Escritores Hispanos.

## **Eso de adentro-Lo del anterior Por Beatriz Mayte Santiago-Ibarra**

Mi beso interno se deslizó

Y

Por tu rodilla izquierda,

Subió hacia la derecha.

El líquido blanco bajando transparente

Desde tú-la prudencia.

Mi anuncio tan manido

Dictado, la ley -de no traspasar fronteras,

Se mantuvo en el garito de la diadema moral,

En mujer santidad probada,

En los oídos del Buda,

En las manos abiertas desplegadas de Jesús, Cristo cristero en culturas

El de las esculturas para interactuar

Con el público-del océano-de la mar,

La playa, trepando hacia la escalera de los infinitos.

Asís, en la olorosa mejilla de la otrora golpeada,

En el manto azul-del marino, blanco de la Circulantita- Inma,

Desplegada.



El corazón, el mío,

El corazoncito tuyo,

Se instalaron ambos detrás de las vértebras

Duras y secas,

Tal cual un San Pedrito desgarrado en la boca...

Pobre, sin pitar ni trinar, un canto de ificción-real!

¡Cuidado, amor! No nos descubran los hombros.

Machitos hermosos los hombres,

Nos han abandonado...

Nos han abandonado,

Nos han abandonado. Abandonado la casa, el hábitat, el hogar sin luz,

Y

el foco del hogar.

Nos han- ¡Dejadlos!



## Sobre la autora



Foto de Johnny Betancourt

Beatriz Mayté Santiago-Ibarra es escritora y crítica de arte. Obtuvo el bachillerato y maestría en Literatura Comparada de la Universidad de Puerto Rico, la Maestría en Artes y Literatura del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe y un Doctorado en Filosofía y Letras de dicho Centro en pacto académico con Universidad de Valladolid, España. Se desempeñó en calidad de Especialista en Asuntos Culturales y Coordinadora Editorial de la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña. Es miembro del Pen Club de Puerto Rico y de la Asociación de Críticos de Arte, ratificado su nombramiento en París, Francia. Algunos de sus

libros son: *Siembra para no decir adiós*, *Versos de anafre a mi abuela*, *En el silencio de las desgarraduras*, *Trásfuga de mi existencia*, *El asesinato de Casandra Ramírez*, *El último centauro* y *Cuentos para no atreverse a contar, pero los cuento*.

## Rubem y Marguerite Por Javier Febo Santiago

*A Marguerite*

Se arrima al tronco de la trinitaria  
una serpiente harta del suelo,  
harta de los colores muertos.  
Busca lo vivo para descansar  
y calentarse con un sol ajeno  
a la espesura de la flora  
y social con la ciudad  
y el campo abierto.  
La veo desde el balcón,  
y pienso en ti.



*A Rubem*

Ahora, llueve en Roma.

La poca gente que se ve

lleva paraguas y camina de prisa.

Desde esta terraza casi desierta,

con un té caliente sobre la mesa,

leo tu poema y siento en mis ojos

la serpiente reptando.

Un momento, se ha detenido.

Ahora baja por mi nariz,

me hace cosquillas y llega a mi boca.

No quiere entrar. Algo ve.

¿Será la palabra amor?



*A Marguerite*

*No sé qué envidia secreta*

*corta el hilo de nuestras esperanzas.*

Quintiliano, gracias por volver,

por cerciorarte de mi precariedad

para entender de qué va la vida.

Tú igual que yo no sabemos

quién hace sonar las campanas

del desasosiego ni de la crueldad

de estar en soledad añorando

un cuerpo que habla, escucha, besa

y tiene la fruta de mi temblor.





*A Rubem*

Tú,

fugaz como la huella

en la arena mojada,

como una gota de agua

en la lengua transida

de sed.

No fuiste más que eso,

fugacidad en la ilusión del tiempo.

Y tanto tiempo tuvimos para perder,

para ganar en medio de una juventud

que era fuego artificial en las alturas,

y algodón de azúcar en mi mano de camino a tu boca.



*A Marguerite*

Es cierto.

No miré hacia atrás donde estaba lo que siempre he necesitado.

Pasan los años, los amores, los países y las experiencias

y siempre te veo, en ese último instante antes de dormir,  
llevándome el algodón de azúcar a la boca.

No es cierto que fue fugaz en mí.  
Quizá en ti, porque encontraste a quien mirar  
y a quien te miraba sin dejar de mirar atrás,  
quien te saludaba y te enviaba un beso antes  
de montarse en el transporte.

Ya van treinta y tres años  
desde que vi aquella serpiente estar a tu lado  
como tierna mascota.

Y ya van treinta y tres años  
que solo te escucho mirando al vacío,  
que solo te veo a través de pantallas  
como si fueras parte de una película,  
como si fueras ficción.



## Sobre el autor



Javier Febo Santiago nace en Chicago, Illinois, Estados Unidos, en enero 6 de 1977. Obtiene un bachillerato en Administración Comercial de la Universidad Metropolitana de San Juan, Puerto Rico. Sus obras han sido publicadas en varias revistas literarias y antologías en Puerto Rico, Perú, México, Venezuela, Dinamarca, Chile, Argentina, Colombia y Nueva York. Ha publicado los poemarios *Avisos* *de*

*locura* (2010), *Novilunio* (2011), *HUM*

*Ano* (2012), *Epicedios* (2013), *El Anarquista* (2014), el libro de relatos *El Abismo Inventado* (EDP University, 2019), las novelas *Mala Fama* (Editorial Raíces, PR, 2020) y *El diseño del puño* (Gestora Editorial Las Marías).

## Subo al cerro Por David González

subo al cerro

un chimango

sobrevuela epifanías

no hay un punto

de llegada

el antiguo

lecho marino

me interroga

las piedras

jamás mienten.

bajo la nieve

la estepa aún respira

un hilo de humo

a lo lejos.

## Sobre el autor



David González (CABA 1979), radicado en Viedma, Patagonia Argentina. Ha participado en diversas antologías poéticas, ferias del libro y eventos culturales de Argentina. Publicó la plaquette de poesía “11” (La Mariposa y la Iguana 2016) , el poemario 40° 63° (Vela al Viento Ediciones Patagónicas 2019 ), el libro de poesía Cuero de Puma (Ediciones Kuruf 2021) y el libro de relatos Ojos de Perro,

escrito a cuatro manos con Laura Raiteri (Yzur Ediciones 2022) .



# Homenaje

## **Jota y Jota: Para siempre tú Por Consuelo Martínez Justiniano**

De tantos temas de conversación que tuvimos nunca hablamos de la muerte, al menos no de la nuestra. Si tocamos ese tema, solo fue en el aspecto literario. Por eso cuando se presentó fue tan incierta, brutal, asfixiante, odiosa. En los últimos meses te tenía bajo amenaza, me ponía un poco histérica si no me contestabas y cuando al fin me llamabas te recriminaba por haberme dejado inquieta. “Cuando te llame me tienes que contestar, Jota, me tienes que contestar porque si no, me preocupo”. Eso era lo menos que te decía. Como vivías solo y estabas delicado de salud, me aterraba que algo te pasara sin que pudieras avisarle a alguien. Sin embargo, alejabas la nube de mis regaños con algún chiste, eras experto en hacerme reír.

Una semana antes de que te fueras me habías llamado y te escuchabas tan bien. Compartías nuevos planes profesionales en los que me incluías. Y es que así fue desde que nos conocimos. Éramos el diablo y la diabla en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe (CEA) y un poco menos que eso (para guardar las apariencias) en la Universidad Ana G. Méndez (UAGM) en el tiempo que trabajamos juntos. ¿Recuerdas?

Nuestra amistad se estrechó, aquel verano, que tomamos el curso de portugués. Nos encontrábamos temprano en The Poets Passage con la excusa de practicar el portugués, pero entre cafés y charlas, sobraban las risas y cambiábamos al mundo. ¡Éramos dos utópicos! Recuerdo que en esa clase nos cambiamos los nombres. El profesor estaba explicando cómo se decía cada letra del abecedario en portugués. Cuando llegó a la [j] dijo que se decía jota (pronunciada yota), nos miramos y por alguna razón irracional nos pareció gracioso y de ahí en adelante nos llamamos Jota, respectivamente.



Ese mismo verano, una tarde, allí me sorprendiste con un mamotreto. Y cuando te pregunté qué era eso me dijiste que era parte de la tesis doctoral que ya estabas escribiendo. Quedé patidifusa ante tu osadía porque yo aún no tenía ni tema de tesis. No obstante, nos emparejamos rápido. Tomamos juntos el curso de investigación, hicimos nuestros ensayos de grado, escribimos las tesis, respectivamente, y nos pusimos de acuerdo para defender el mismo día, uno detrás de otro, y para celebrar también. Así lo hicimos porque ambos éramos muy disciplinados en cuanto a lo académico y teníamos nuestras metas bien claras. Cosa que contrastaba con lo payaso y payasa que éramos por los sagrados pasillos del CEA, las incautas calles del viejo San Juan, los bares, los cafés y las pizzerías que frecuentábamos.

¿Te acuerdas? El día de nuestra defensa yo parecía “Dr. Jekyll y señor Haydee” en versión mujer, pero al revés. Sí, al revés porque en todo caso llegué como la señora Martínez y salí como la doctora Martínez (en apariencia). Para los que no conozcan la referencia es de una novela de Robert Louis Stevenson, que trata de una representación vívida de un

trastorno siquiátrico que hace que una misma persona tenga dos o más identidades o personalidades con características opuestas entre sí. De ahí, la comparación. Llegué seria, comedida, vestida con un pantalón y una chaqueta azul royal, muy profesional. Y una vez nos declararon Dr. Iván Segarra Báez y Dra. Consuelo Martínez Justiniano salí directo para el baño, me quité el atuendo de doctora, me puse un traje ceñido negro y con estampado animal (de tigresa, para ser exacta) y subí la cuesta hasta la calle San Sebastián a celebrar nuestro logro.

¡Qué noche tan memorable! Tú y yo (Jota y Jota), nuestros amigos, las anécdotas, los chistes, las risas, los brindis, las fotos. Al fin, después de tantas charlas, de analizar, indagar, inventar, leer, escribir, borrar, reescribir, borrar, borrar, reescribir, borrar, volver a leer, reescribir, borrar, borrar y volver a escribir hasta plantar el punto final de nuestras investigaciones... lo hicimos, ¡Jota, lo logramos! Y celebramos nuestro éxito como correspondía y el comienzo de una nueva etapa. ¡Teníamos tantas ilusiones entonces!



Tú eras mi medicina. Cualquier enojo o frustración que yo tuviera la borrabas por arte de magia con un trago de humor. Lo que me lleva a recordar lo confundido que dejabas a los meseros porque siempre que nos atendían pedías un palo de pitorro, siempre. Fuera invierno, primavera, verano u otoño. Algunos tomaban el chiste al instante, pero otros se

incomodaban un poco antes de entender que era tu forma de caerles bien y hacerlos reír. ¡Eras único!

Luego, no tardó mucho en que comprendiéramos lo ingrato que puede ser el mundo académico. Pero mientras duró ese primer amor hicimos tantas cosas juntos. Yo inventaba y tú me seguías. Siempre fuimos así. Recuerdo el guion que escribí para la primera noche bohemia que organicé en UAGM y te invité, mejor dicho, te avisé que serías mi compañero como maestro de ceremonia y que tenías que vestirte de azul porque ese era el color que yo iba a usar. Y tú, jorobando, para llevarme la contraria, decías que no ibas a ponerte ese color, pero llegaste perfectamente combinado conmigo. Estábamos tan elegantes y tan felices porque, además, esa noche presentaríamos la primera edición de la revista literaria Le.Tra.S. ¡Aquellos sí, fueron buenos tiempos!

La velada iba espectacular, la decoración era de ensueño, los invitados divinos, la música celestial, el coctel delicioso, las lecturas inspiradoras... hasta que te saliste del guion. ¿Recuerdas? “Eso no está en el guion”, te dije frente a todos y ocasionó tanta risa que fue como una chispa que se prendió (que parecía parte del guion, pero de verdad no lo era) y fuimos la pareja perfecta. Nunca habíamos interactuado como moderadores de alguna actividad, no nos dio tiempo de ensayar, pero parecía que lo habíamos hecho toda la vida. Estábamos tan compenetrados, nos salía tan natural que la primera vez que tuve que ser maestra de ceremonias sin ti, fue un gran pesar.



Jota de mi corazón, prolongué tanto sentarme a escribir sobre nuestras memorias porque temía derrumbarme, sin embargo, te siento aquí, estoy teniendo una conversación contigo. Pero no te confundas, sí, me siento dichosa de poder revivir tantos momentos que vivimos juntos, pero no estoy feliz de que te hayas ido porque ahora tengo que seguir sin ti y te extraño y aún tengo coraje porque te marchaste inesperadamente y echo de menos tu risa y tus ocurrencias. Tu sonrisa tan plena, de oreja a oreja, tus dientes grandes y perfectos. Verte reír ya me hacía sonreír. Y luego tus ojos grandes y saltones, capaces de expresar tantas cosas. También nos parecíamos en eso, hablábamos con nuestras miradas. Y están tus manos, las recuerdo bien y aquella forma particular en que las ponías una sobre la otra y te cuadrabas en aquella pose.

Tus manos, tu mente y tu corazón siempre fueron de poeta. Tenías una sorprendente capacidad de producción literaria que me daba envidia (en el buen sentido). Te encerrabas



y aparecías con un nuevo libro. Me llamabas y me decías que nos fuéramos para aquí o para allá a presentar en congresos, a participar de certámenes. Así recorriste varios países donde valoraron tus letras, te premiaron, te publicaron, tuviste éxito. El que merecías, el que aún mereces, amigo mío.

Recordar es vivir dice un refrán y es muy cierto. Por un rato he olvidado que estás muerto, por un rato te has sentado aquí conmigo, donde quiero que siempre estés. Soy una mujer privilegiada, todos los que te amamos somos seres afortunados porque la chispa que tú tenías no la tiene nadie y aún después de tu trascendencia ella nos aviva.



Tengo tanto que revivir, pero puedo continuar en otro momento. Estas son solo unas líneas de homenaje para que aquellos que no te conocieron tengan una idea del gran ser humano que fuiste y para que los que sí te conocieron recuerden que tu esencia permanece. Amigo, compañero, colega, no estoy feliz, pero estoy tranquila. Tu amor es mío, para siempre mío y estoy inmensamente agradecida por ello. No me complace la

ausencia de tu risa, de tus ojos saltones, de tus manos tejedoras de palabras, de tus ocurrencias chistosas, pero te agradezco, te agradezco, te agradezco el privilegio de que cruzaras tu camino con el mío.

---

**“Requiescat in pace” Iván Segarra Báez Por Beatriz Mayte  
Santiago Ibarra**

Iván Segarra Báez

Los hijos del desastre

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez

Los hijos del desastre

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez

Los hijos del desastre

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez



Iván Segarra Báez

Los hijos del desastre

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez

Iván Segarra Báez

Los hijos del desastre

“Réquiem” por un compañero del universo universitario,

por el club de Bazooka Joe el jefe de la ganga,

le decía en las tardes de entre-salones,

por ser marullo del Caribe,

por motor de dos ruedas.

La velocidad mirando a través de sus espejuelos

de Segarra Báez, y su parche del invencible

pirata honrado con fortuna.

Uni Dios, universo – gracias doy con junta manos,

Al ver a Segarra y a Báez; uno vasco y el otro, sefardí,

Subir como lo vi por el mismo centro del Arcoíris

Calzado zapatos rojos de Dorothy.

Iván Segarra Báez

la Perfección.

Iván Segarra Báez

otro sol, soldando

cadenas de perito corazón

en todos los números de sus poemas...

Ahora, para ti el Cosmos.

Para nosotros el dolor, tal cual herida de perro rabioso,

Queda, queda, esa moldeada cofradía en tus amigos de aún la tierra,

del girasol y el loto- la hoy ganga de Bazooka Joe...

Queda el Santo Aliento del poeta en cada esquina de su salón;

“Caímos del trueno,

Dejando las palabras

Sobre el alma”.

¡Tec, tec, quijoteboricua2000@gmail.com!



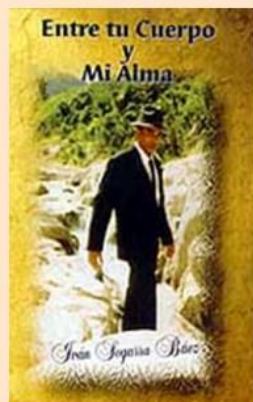
## Iván Segarra-Báez (1967-2022)



La obra de Segarra Báez ha comenzado a difundirse y estudiarse a nivel nacional e internacional. Esta galería, en su honor, muestra algunas de sus participaciones en las actividades literarias en la Universidad Ana G. Méndez en Bayamón donde laboró como profesor conferenciante durante varios años. Siempre fue un activo colaborador, un gran compañero, querido profesor y un escritor dedicado. Lo extrañamos, pero vive en nuestros corazones.

Puertorriqueño. Profesor universitario. Publicó los poemarios: *Candela* (1997), *Entre tu cuerpo y mi alma* (2000), *Hay veces que llorar el mar* (2001), *El huerto de los salmos* (2003), *Ante la luz de un amor prohibido* (2005), *El libro de la Yoruba* (2016) y *Los hijos del desastre* (2017). Algunos de los poemas de Segarra—Báez han sido traducidos al griego en la *Antología de la política homoerótica* (2005; ISBN 9789602104811). Además publicó las novelas: *El guardián de la lujuria* (2002), *La república del generalísimo* (2004) y *Puerto esperanza* (2012), novela finalista de la 4ta convocatoria de la Editorial Editnovel en Barcelona, España. La Editorial Balam de México publicó su libro *La isla y otros cuentos* (2012). Fue finalista del Concurso de Poesía y Cuento en Perú 2012 — realizado por la prestigiosa revista *El Parnaso del Nuevo Mundo*— con el poema "Viejo y solo Walt Whitman". Su última novela, *El cañaverol* (2019), ha sido traducida al alemán, francés, portugués, italiano, inglés y holandés. Recibió reconocimientos como el Premio Internacional Contribución para la Literatura, las Artes y las Ciencias de la Academia Internacional Orient-Occident de Bucarest, Rumania (2018) en el 22th Festival Internacional Poetry Night de Curtea de Arges, y el Premio Internacional de novela extranjera (2020) por la editorial JustFiction y la multinacional More Book de Alemania.

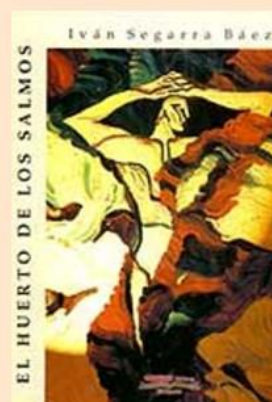
## Publicaciones del Dr. Iván Segarra Báez



Año 2000



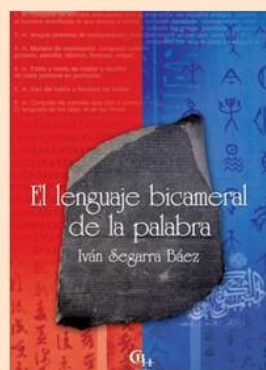
Año 2000



Año 2003



Año 2004



Año 2008



Año 2012



Año 2012



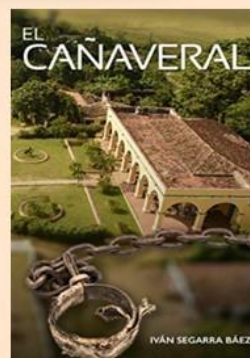
Dr. Iván Segarra Báez



Año 2016



Año 2017



Año 2017

## Colaboraciones del Dr. Iván Segarra Báez en la Revista Le.Tra.S.

### *Lo divino en La presencia ignorada de Félix Franco Oppenheimer*

La vasta obra poética de Félix Franco Oppenheimer siempre nos lleva a la reflexión profunda del ser humano. Una breve y sustantiva revisión literaria sobre la obra de Félix Franco Oppenheimer nos presenta claramente los matices literarios de nuestro poeta y su obra dentro del parnaso literario puertorriqueño de su época y su generación literaria.

Clemente Pereda (1970) indica que «La poesía de Félix Franco Oppenheimer no es para todo paladar. Su mensaje a nadie se dirige. Él canta por cantar. Pero solo le pueden seguir los selectos. Idea fundamental de la obra es el contraste entre nuestra vida, con sus engaños y miserias, y sus luchas inútiles tras las sombras de las sombras, con sus espejismos perecederos, y lo Inmutable y Eterno, la Luz de la Verdad, la Paz que sobrepasa a todo entendimiento...” (17-18).

El Hermano Ciriano Pedraza Irraza, S.M. (1971) postula que proclama que su preocupación está en buscar dentro del alma humana y adoptar una actitud trascendente frente a la sordidez que asfixia el espíritu hoy día (76).

Evaristo Ribera Chevremont (1971) señala que, En PROSAS SIN CLAVE, aparece tonalidad mística, pero esta vez el poeta tiende más a lo humano; más que en anteriores poemarios se siente atraído por la vida cotidiana, recuerdo de calles y personas, aunque se ve arrebatado por celajes etéreos e irisaciones en blanco y rosa. El lenguaje fluye en forma natural y simple. Se advierte que Félix está pasando de la poesía cifrada a una poesía menos oscura...” (12)

Francisco Lluch Mora (1976) sostiene que “Es, pues, Félix Franco Oppenheimer, el poeta que expresa delicadamente eso que él denomina en su propio canto la actualidad antigua. Ve con Bergson el tiempo como algo irreversible, algo que tiene una dirección y en que



cada momento de él es insustituible, irremplazable, una verdadera creación, que no se puede repetir y a la que no se puede volver (8-9).



Margot Arce de Vázquez (1977) plantea que "Luis Palés Matos en su interesante prólogo a *El hombre y su angustia* califica la poesía de Franco Oppenheimer de escapista. Preferimos, más bien, calificarla de liberadora porque anhela la propia integración armoniosa del hombre en su conciencia más íntima, como también su integración al orden cósmico y su unión mística con Dios". (XII-XIII) Arce de Vázquez, más adelante, sostiene en cuanto a sus versos que:

Predominan las formas líricas más perfectas: el endecasílabo, el alejandrino, el heptasílabo, el verso libre cercano al versículo bíblico, la apretada síntesis y perfección del soneto, forma que me parece la más ajustada al sosegado ritmo de su pensamiento. (XV)

Rafael A. González Torres (1981) señala al analizar la obra poética de Félix Franco Oppenheimer (1981) lo siguiente:



Además de esta prolífera actividad como poeta e investigador, Félix Franco Oppenheimer es el que inicia, junto a Eugenio Renta Lucas y Francisco Lluch Mora, el trascendentalismo, movimiento poético enraizado en la búsqueda de inditos planos poéticos que eleven al hombre a dilatadas perspectivas. Este movimiento literario alcanza vigencia estética a través de tres obras: *Mañana en el alba* (1949), de Eugenio Rentas Lucas; *Del asedio y la clausura* (1950), de Francisco Lluch Mora; y *El hombre y su angustia* (1950), de Félix Franco Oppenheimer... (sic)

Es de conocimiento general, que la obra de Félix Franco Oppenheimer ha recibido innumerables reconocimientos y distinciones.

Hoy nos hemos detenido en el poemario *La presencia ignorada: Versos* (1978) con la intención de matizar o destacar algunos de los versos que componen este texto y donde entendemos que el poeta destaca el tono de lo divino en su poética.



Lo primero que deseamos señalar del libro es que el poeta lo publicó en Puerto Rico en Art Printing, Inc., de Guaynabo (1978) y dos años más tarde (1980) en la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña bajo la serie de Literatura hoy.

La presencia ignorada (1980) está compuesta por 123 fragmentos poéticos sin títulos, estos nos llevan a pensar e inferir, que es un extenso poema fragmentario, en donde cada lector tiene que encontrar esa “Presencia ignorada”, o sea, el lector reconstruye el texto a su imagen y semejanza. De ahí, nuestro anhelo de investigación, en esos dos ciclos cósmicos de Félix Franco Oppenheimer: “Presencia” e “Ignorada”.

Según el Diccionario Didáctico avanzado del español (2013), se define la palabra “presencia” en los siguientes términos:

Asistencia personal o estado de la persona que se halla en el mismo lugar que otras o existencia de algo en un lugar o en un momento determinado.

El segundo término “Ignorada” se define como:

Referido a un asunto, desconocerlo o no tener noticias, no hacer caso o no prestar atención.

Entonces, inferimos por deducción que el título del poemario de Félix Franco Oppenheimer, La presencia ignorada (1978) es un llamado espiritual al hombre de su época de que no ignore la presencia de un Dios creador, quien está a su lado y existe, aunque el hombre no lo vea, o lo ignore, y el cual está inmerso en el otro hombre que está a su lado.

Desde este aspecto, nos encaminamos, al poemario de Franco Oppenheimer. Imposible resulta por espacio de paginación analizar los 123 fragmentos que componen el texto poético, ya que en su gran mayoría estos versos están escritos en arte menor, son breves y profundos, orquestados en armonía y serenidad, y cada fragmento es una parte del todo textual poética. Cada parte nos lleva al todo: lo divino del ser en el ser mismo. Estos versos

nos mueven profundamente a lo divino del ser en el ser del otro. La voz poética se busca en el otro y en sí misma, se auto reflexiona y canta a lo divino. Entonces es cuando las palabras, a nuestro mejor entender, se matizan unas a las otras y sale el canto del hombre por el otro hombre en busca de la existencia de la gran “Presencia Ignorada”, la cual le da coyuntura poética a la voz lírica del texto en el binomio: “hombre y Dios”, o “creación en busca de su Creador”.

Veamos, ahora, algunos de estos versos de Félix Franco Oppenheimer y su vuelo poético por nuestras letras puertorriqueñas:

Cantador en timbre vario  
 mío es el tono menor,  
 el que puntera los días  
 de la presencia en que estoy. (7)

El poeta se encuentra frente a la presencia de Dios y solo tiene apuntes o notas de lo desconocido y conocido por el alma humana.

Y me encuentro ahora  
 en mi soledad  
 transparente, como  
 agua, sin llegar  
 aún a ser nube  
 y perseverar  
 luz en las retículas  
 de la Eternidad... (8)

La voz lírica se encuentra sola en el viaje terrenal para llegar a Dios o su presencia la cual describe como la Eternidad del Ser Supremo.

Por ello, el poeta, se busca en su ser mismo y así lo expresa en su verso poético al decir:  
 Me busco en mí

y dilatado,  
 en mis mares  
 sin fin, naufrago:  
 (la alta mar toca  
 a veces, algo,  
 tal vez el cielo,  
 en su azul nardo);  
 todo es perdernos  
 en nortes fatuos  
 y espumas de algas  
 del tiempo amargo. (10)



Imposible es analizar este majestuoso poemario de *La presencia ignorada* (1978) en todas las dimensiones teológicas y humanas del poeta en su concatenación cósmica y mística por el poco espacio de páginas que tenemos para nuestro escrito. Pero de algo estamos seguros cuando los teólogos y místicos puertorriqueños decidan realizar un libro

sobre la mística puertorriqueña en su dimensión cósmica, Félix Franco Oppenheimer, deberá estar en un capítulo entero por el ardor de fe y amor con el que escribe estos versos suyos.

Podemos concluir que Félix Franco Oppenheimer poseyó una de las líricas puertorriqueñas más exquisitas sobre el encuentro lírico con Dios como Creador del Universo. Ir a su obra es viajar por lo humano y depurarnos para un nuevo camino espiritual.

#### Obras citadas

Arce de Vázquez, M. (1977). Prólogo. Antología poética. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, P.R. pp. VIII-XV.

Franco Oppenheimer, F. (1970). Estas cosas así fueron. Segunda edición. Editorial Club de la Prensa. San Juan, P.R.

\_\_\_\_\_. (1971). Los lirios del testimonio. Talleres Gráficas de Manuel Pareja. Barcelona, España.

\_\_\_\_\_. (1971). Prosa sin clave: poemas. Editorial Yaurel, San Juan, P.R.

\_\_\_\_\_. (1976). ¡Aquí, presente! Florencia Publishers, Boston. Impreso en el complejo de Artes Gráficas Medinaceli S.A. General Sanjurjo, 53, Barcelona, -12, España.

\_\_\_\_\_. (1977). Antología poética. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, P.R.

\_\_\_\_\_. (1978). Presencia ignorada. Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, P.R.

González Torres, R. (1981). La obra poética de Félix Franco Oppenheimer: Estudio temático analítico-estilístico. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Colección UPREX. pp. 21-22.

Luch Mora, F. (1976). Prólogo. ¡Aquí, Presente! Florencia Publishers, Boston. Impreso en el complejo de Artes Gráficas Medinaceli S.A. General Sanjurjo, 53, Barcelona, -12, España. pp. 8-9.

Pereda, C. (1970). "Prólogo. Estas cosas así fueron. Segunda edición. Editorial club de la Prensa. San Juan, P.R. pp.

Pedraza Irraza, C., S.M. (1971). Epilogo. Talleres Graficas de Manuel Pareja. Barcelona, España. pg. 76.

Ribera Chevremont, E. (1971). "Unas palabras. Prosa sin clave: poemas. Editorial Yaurel, San Juan, P.R. pág. 12.

---

### ***La otra cara de la historia (no contada): algunos apuntes y desapuntes de la negritud boricua***

Mucho se ha afirmado sobre el tema de la esclavitud. Pero poco se ha dicho sobre la gran labor que la esclavitud ha aportado a la cuenca del mar Caribe; de igual forma, sobre cómo los hombres y las mujeres negras son los grandes gestores de un pasado remoto. Cuando se estudia, en torno a la procedencia del hombre y de la mujer negra en las Antillas, casi siempre, viene a mi memoria la gran producción de la caña de azúcar entre 1825 a 1860; donde las plantaciones agrícolas y el cultivo de oro blanco eran las principales labores de Cuba, República Dominicana y Puerto Rico, entre las demás islas del archipiélago caribeño. Es cierto que el conquistador blanco logró traernos el lenguaje y la religión católica a estas tierras y que el indígena tenía una religión politeísta. Asimismo, es de vital importancia el reconocer que el setenta por ciento (70%) de la población en el Caribe, llegó a ser la gran dominadora en la formación racial de las Antillas. Vale destacar que el hombre negro fue un esclavo, obrero, agricultor, forjador de nación y criollización antillana, el cual quedó en cierto sentido desarraigado por los poderes de la colonia y del coloniaje. De igual

forma, es menester resaltar que, en la actualidad, todavía existe racismo en los círculos de mayor jerarquía en las sociedades del Caribe en general. Todavía las expresiones del poema de Fortunato Vizcarrondo suelen oírse de vez en cuando y ciertos momentos, como: "Ayé' me dijiste negro [...] ¿Y tu agüela, a' onde ejtá? "[1].

La historia general de Puerto Rico, como la historia del Caribe, en general, tienen fisuras interminables y cuestiones que deben ser reexaminadas desde la actualidad y desde el pasado. Recientemente, he escrito una novela que lleva por título *El cañaverl* (2018)[2] en la cual trato de unir la historia oficial con la historia que quedó a medias o las versiones no oficiales de los relatos sobre la esclavitud. Un término que siempre me ha cautivado es el de la reconstrucción de un pasado remoto con historias paralelas a las ficciones contadas. Entiendo que el hombre y la mujer negra lograron aportar más de lo que se ha escrito en los libros de historia general y que son la base de los pueblos caribeños y una gran parte de nuestra proyección hacia el futuro. La historia hay que reconstruirla, recontarla, averiguarla, decodificarla y analizarla desde otras corrientes y otras perspectivas más reales; por igualdad sustancial de su relato originario. Si bien es cierto que Cristóbal Colón llegó en 1492 a América, también es cierto que puede existir la duda razonable de que otros conquistadores llegaran a América como el libro *1421: el año en que China descubrió el mundo* de Gavin Menzies (2003)[3] -quien plantea una acalorada discusión sobre la cartografía de Piri Reis en 151-, nos llevan a diferir de la historia general de Puerto Rico y de los escribanos de la época colonial; porque se sabe que el escribano trabajaba para el Rey o Señor capitán y gobernador del Nuevo Mundo. Mediante estos primeros escritos coloniales, no siempre se defendió la visión y el mundo del hombre negro o del indígena, quien fue también desprovisto de su lugar y cultura nacional.





Cuando analizamos el poderío de España, frente al arco y la flecha del indígena, notamos que los taínos y demás indígenas de América estaban en desventaja; de igual manera, los negros africanos amarrados, encadenados, vendidos y perseguidos en su tierra natal del África, por el comercio desproporcionado de un colonizador sobre un colonizado. Entre esas historias y deshistorias queda la duda razonable, sobre si la historia “oficial” no es tan oficial; sino que se escribió lo que el conquistador quiso colocar en aquellos papeles de su tiempo. Tampoco se les brindó al indígena -ni al negro-, la oportunidad de relatar sus versiones, acerca de lo que llamamos “historia oficial”. Desde esta perspectiva, reconstruimos una verdad ambigua y desleal a las historias contadas. Preguntamos: “¿Qué pasó con los hombres y mujeres negros? ¿Qué pasó con su historia y con su verdadera cultura? ¿Y qué aconteció con aquellos hombres y mujeres derrotados en las batallas de los piratas o de los marinos mercantes que cruzaron el Atlántico para abastecerse de oro o para conquistar tierra, pero fueron vendidos y no llegaron nunca a sus países de origen; en cambio, ¿se mezclaron con la población de las islas del Caribe?” Entonces la historia de Puerto Rico no puede ser de tres razas —indio, español y africano—; sino una historia convulsa y compleja donde el mestizaje, la esclavitud y la riqueza abonaron a lo que existe y coexiste hoy día por puertorriqueño o caribeño.

Desde esta perspectiva reconstruimos que el hombre negro aportó más a nuestra cultura de lo que los libros dicen y que por ser negro o esclavo se llevó la peor parte de la historia contada, hasta casi rayar en el claudetiaje de la descolonización amarga, en donde se borra o casi se borra; porque era un “hijo no grato” de la historia oficial y donde se empujó al colonialismo avasallante de la metrópolis española o norteamericana. Sin embargo, alguna buena parte de su historia se recoge en los diversos tratados de la época para cuestionar la versión contada u omitida por el hombre blanco de aquella época lejana.

Si se mira el derrotero de nuestra historia nacional se podría ver que está montada desde diversas sucesiones históricas, como por ejemplo: conquista y colonización de Juan Ponce de León en 1493, los ataques a la isla de San Juan Bautista por los marinos mercantes como Sir George Clifford, Sir Drake, entre otros; la quema de la Biblioteca de Fray

Bernardo de Balbuena en 1625, los ingenios, las haciendas, la plantación azucarera, la Central Aguirre, el ataque holandés, el francés, el contrabando, la piratería, la Real Factoría de San Pablo de Loanda 1576, los cabildos, los hatos y de más situaciones que no se cuentan o que simplemente pasaron inadvertidas ante los ojos de los conquistadores y los conquistados.



En conclusión, se sostiene que el hombre negro no tan solo aportó a la cultura nacional, sino que la levantó y cargó cuando nadie más lo hacía; por lo cual, desde esta visión, es uno de los héroes nacionales del que menos se ha trabajado en nuestra historia. No empece a ello, es parte de la cabeza emblemática del Caribe. En fin, a manera de preámbulo, lanzamos desde este espacio el primer capítulo de la novela *El cañaverol* (2018):

### **La costa**

La costa es uniformemente plana. La vegetación es asombrosa. Después de la primera hilera de dunas marinas aparecían las otras. Luego el pequeño valle fronterizo con algunos yerbajos que se aproximaban a las primeras montañas sin importancia. Más adelante, era lo interesante comenzaban a surgir las montañas con los diversos frutos menores. Algunos caídos fermentando el suelo. Otros —de alturas más elevadas— permitían el disfrute de las avcillas del paraíso y la vegetación de la isla se observaba más impresionante e imponente.

Esta es la historia de tres generaciones de mi familia. Desde la llegada de mi abuelo para aquellos años de 1520 a estas tierras hasta los accidentados sucesos de mi vida en 1739 con el ataque a la oreja de Jenkins. Muchas veces las historias se contraponen o se trasponen dependiendo de quién la cuenta y de cómo se cuenta. Ninguna historia es cierta. Solo la mía. Porque la mía es la verdadera y no la de los otros. A mí, me toca contar la verdad... Solo la verdad, contaré de esta historia.

Ya habían pasado algunos siglos desde que un intrépido navegante, Cristóbal Colón, había llegado por estas tierras conquistándolas, colonizándolas y reclamándolas bajo un imperio español desconocido por los aborígenes. La rebelión de 1511 había quedado atrás con todo intento de escapatoria. Ahora, las tres razas se reunían bajo el látigo, la caña y la obediencia reinante. El indio había muerto ya. Sólo quedaban algunos vestigios suyos en las rocas, en las piedras del interior de la isla y en los rostros de los

criollos arrejuntados con los españoles dominadores y los negros africanos que trabajaban, de sol a sol, en el cañaveral, después de las montañas.

Mi padre lo dominaba todo. Absolutamente todo. Él era como un dios en su oráculo, como un Zeus omnisciente, omnipotente y omnipresente. Nada se movía sin su mirada agónica y mandataria. Los hombres estaban hechos para servir. Las bestias para cargar sus caprichos más efímeros y casi feudales en aquellas tierras. El cañaveral le pertenecía como una extensión de su mano poderosa. Él era la ley y el orden. Él era el que más sabía y yo, bajo su yugo, como un esclavo cualquiera entre tantos hombres.

Los negros —el otro día— salieron del cañaveral; descamisados, azotados, marcados por el látigo y el hambre. Entonces fue cuando los vi, semidesnudos, con aquellas espaldas que brillaban bajo el sol del mediodía. Unos más formados —más equipados en su parte delantera—, otros menos, otros en proceso y, los últimos —físicamente débiles—, como una hoja de papel cuando se quema y solo quedan las cenizas. Ellos cantaban una extraña canción, desconocida por desconocida. Un canto agónico, una letanía o melodía que yo no había conocido en mi vida. Me había quedado impresionado con aquellos hombres y con aquel cántico. Papá me había echado hacia adelante para que los viera, porque todos ellos serían mis esclavos y me lo dijo:

—Raúl, todos ellos te pertenecen en esta hacienda.

—Todos ellos —, le dije yo, con la inocencia de un niño, sin saber que serían mi tormento y mi pasión.

No siempre en las islas se cumple la voluntad de los amos. Algunas veces, la voluntad nace desde adentro y aprisiona a su amo. El hombre es un enredo por naturaleza humana de altos vuelos. La razón enferma al corazón y los proyectos —algunas veces—, no se cumplen como uno espera, sino que la vida misma se encarga de boicotearlos a su manera y antojo.



El cañaveral para aquellos días era un manojó de dátiles frutales en ebullición embrionaria. La paz duraría poco tiempo. Las cañas se mercadeaban hacia todos sus destinos sin problema —Norte, Sur, Este y Oeste—, como una hortaliza bien cuidada por el puño fuerte de mi padre. A cada salida de aquellas cuadrillas de negros, otras entraban a sustituirlas. La caña era nuestro tesoro nacional en la hacienda azucarera.



Ingenio y trapiche —primero de mi abuelo— que por mandato había recibido mi padre de su antepasado. Luego me tocaría a mí. Pero mis ojos no estaban puestos en la hacienda que mi padre había levantado con mi abuelo, sino en aquellos cuerpos de hombres semidesnudos y oscuros que observaba —por primera vez— antes del desastre. Pues como bien se dice que “después de la tormenta siempre llega la calma”. Aquí pasaba lo contrario. Estábamos en tiempos de calma. Luego yo —provocaría la tormenta— y las cosas cambiarían de lugar y nunca se volvería a recobrar el pasado. Porque el pasado nunca vuelve a ser el mismo, después que los hechos se han alterado por completo. Jamás la gota de agua cae dos veces sobre la misma piedra, y cuando cae, siempre hace un hoyo más profundo.

## **Bibliografía**

Menzies, Gavin *1421: el año en que China descubrió el mundo*, traducción de Francisco J. Ramos Mena, Barcelona, Editorial De Bolsillo, 2003, 603 pp. ilustraciones. Impreso.

Segarra-Báez, Iván. *El cañaverl*. Kindle Direct Publishing, Amazon.com, *On demand Print*, 2018. Impreso.

Vizcarrondo, Fortunato. “¿Y tu aguela a’onde ejtá?”, *Dinga y mandiga*. Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, Puerto Rico, 1983: 77-78. Impreso.

[1] Vizcarrondo, Fortunato. “¿Y tu aguela a’onde ejtá?”, *Dinga y mandiga*. Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, Puerto Rico, 1983: 77-78. Impreso.

[2] Segarra-Báez, Iván. *El cañaverl*. Kindle Direct Publishing, Amazon.com *On demand print*, 2018. Impreso.



[3] Menzies, Gavin *1421: el año en que China descubrió el mundo*, traducción de Francisco J. Ramos Mena, Barcelona, Editorial De Bolsillo, 2003, 603 pp. ilustraciones. Impreso.

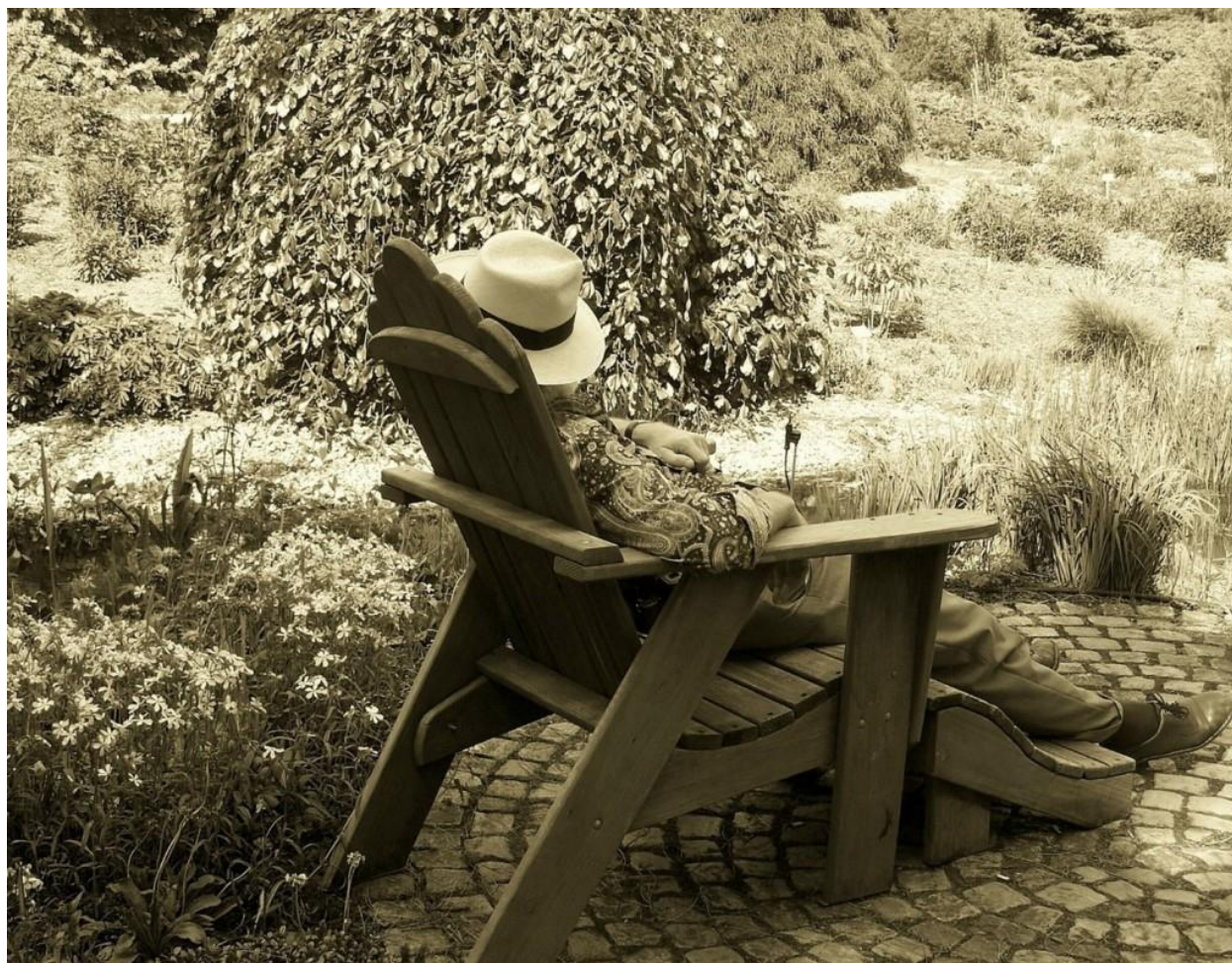
---

***El «José» de Carlos Drummond de Andrade de (1942) versus el «José» de Manuel Ramos Otero de (1994) reinterpretación onírica y espiritual de la poética brasileña versus la poética puertorriqueña.***

**Contextualización de los poetas**

Si bien es cierto que la literatura se alimenta de la misma literatura y por lo tanto surge el proceso creativo. El poema «José» de Manuel Ramos Otero en su poemario *Invitación al polvo* (1994), se infiere que se deriva del poema «José» del destacado poemario *José* (1942) de Carlos Drummond de Andrade.

La poesía de Carlos Drummond de Andrade gira entorno a lo íntimo, el individuo, la familia, el padre y los amigos como Mário Andrade, Manuel Bandeira y Mário Quintana. Su visión de la vida es existencialista como modernista, redoblada del dolor humano y la vida misma. Esto se percibe en su famoso poema «En medio del camino». Su poesía va en busca del corte clásico y modernista. El poeta muestra una preocupación existencial por el prójimo y el individuo desde lo cotidiano y lo humano. Los temas recurrentes de la poesía de Carlos Drummond de Andrade son: el individuo, lo humano, la familia, el padre, los amigos, la naturaleza y lo existencial.



### ***Carlos Drummond de Andrade***

Carlos Drummond de Andrade nació en Itabira, Brasil, 1902 y muere en Río de Janeiro, 1987. Poeta y narrador, quien figura entre los más grandes líricos brasileños del siglo XX y cuyo libro *Alguma poesia* inició la renovación del modernismo en su país. A pesar de que se graduó de farmacéutico, se ganó la vida como periodista y funcionario público. En 1925 fundó, con otros escritores, *A Revista*, alrededor de la cual se formó el núcleo modernista de Minas Gerais. En esos años entró en contacto con los líderes del movimiento en São Paulo, los escritores Mário de Andrade y Oswald de Andrade y la pintora Tarsila do Amaral. Como alto funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, en 1934 se trasladó a Río de Janeiro, donde continuó su actividad periodística, colaborando desde 1954 en el *Correio da Manhã*, y, a partir de 1969, en el *Jornal do Brasil*. Carlos Drummond de Andrade inició su actividad literaria militando en las filas

del modernismo, propugnando el retorno a la realidad y rechazando toda forma de influencia extranjera en la cultura brasileña. En su primera obra, *Alguma poesia* (1930), domina, en efecto, la poesía de la vida cotidiana y local. Las costumbres y tradiciones de su tierra natal son evocadas sin hacer ninguna concesión al lirismo romantizante, refrenado por una fina ironía, que se revelará como una constante de sus obras. En *Brejo das almas* (1934), el lenguaje poético se hace más personal, acentuándose el «humour» e iniciándose el proceso de introspección que le conducirá, mediante la superación del sentido de la soledad y de la consiguiente desazón, a la necesidad de acercarse a los demás hombres. Expresiones poéticas de este acercamiento son *Sentimento do mundo* (1940), *Poesias* (1942) y *A rosa do povo* (1945), uno de los mejores ejemplos de poesía social y popular de la literatura brasileña, obras todas ellas en las que el poeta denuncia la deshumanización del mundo y, al mismo tiempo, manifiesta su confianza en el advenimiento de un mundo mejor.



Con *A rosa do povo* madura el lenguaje modernista del autor y se anuncia, con unas formas expresivas y experiencias técnicas nuevas, la creación de un lenguaje personal y

universal a un tiempo. Disminuye el tono coloquial, mientras que aumenta el empleo de la metáfora. Eliminada cualquier forma enfática y retórica, la energía de la expresión y el lirismo surgen de continuos contrastes temáticos, del ritmo, de asociaciones sorprendentes y del «poder de la palabra», estricta y depurada. Surgen de este modo *Claro enigma* (1951) y *Fazendeiro do ar* (1954), poemarios en los que se atenúa la violencia de la denuncia. Los últimos volúmenes publicados, entre ellos *Poemas* (1959), *Lição de coisas* (1962), *Versiprosa* (1967), *Menino antigo* (1973) y *As impurezas do branco* (1973), vuelven a confirmar la conciencia artística de Carlos Drummond de Andrade y la constancia de su búsqueda formal y semántica.

Idénticas cualidades se manifiestan en sus obras en prosa, a menudo poética, con las que ofrece un modelo tanto del lenguaje coloquial brasileño como del lenguaje literario moderno. Además de *Confissoes de Minas* (1944), su primer libro en prosa, Drummond de Andrade publicó *Contos de aprendiz* (1951) y otros volúmenes de crónicas y de ensayos, como *Fala, amendoeira* (1957), *Cadeira de balanço* (1966), *O poder ultrajoven e mais 79 textos em prosa e verso* (1972), *De noticias e nao noticias faz-se a crónica* (1966) y *Os dias lindos* (1977).

La poesía de Manuel Ramos Otero nos habla desde la concepción del hombre marginado, del homosexual exiliado por su condición y preferencia sexual, de la condición humana desarraigada y desde las preferencias sexuales del poeta frente a su tálamo y tumba. Los temas recurrentes de su poesía son el homosexual, la marginación, la muerte, la desesperación, el erotismo y la sexualidad del ser humano.

### ***Manuel Ramos Otero***

Manuel Ramos Otero nació en Manatí, Puerto Rico en 1948. Fue profesor universitario en Nueva York, ciudad donde vivió la mitad de su vida. Murió en Río Piedras el 7 de octubre de 1990. Publicó, en narrativa, *Concierto de metal para un recuerdo y otras orgías de soledad* (Río Piedras: Cultural, 1971); *El cuento de la mujer del mar* (Río

Piedras, Huracán, 1979), y *Páginas en blanco y staccato* (Madrid: Playor, 1987). También publicó una novela, *La novelabingo* (Nueva York: Libro Viaje, 1976) y *El libro de la muerte*.

### **Las dos versiones del poema «José» para este estudio comparativo entre Carlos Drummond de Andrade y Manuel Ramos Otero.**

Los poemas, aunque disimiles y muy diferentes en temática presentan similitudes léxicas y oníricas entre la poética brasileña y la puertorriqueña.

#### ***Traducción al castellano***

##### **José**

¿Y ahora José?  
 La fiesta ha terminado  
 se apagó la luz  
 la gente se fue  
 la noche se ha enfriado  
 ¿Y ahora qué, José?  
 y ahora tus ustedes  
 que no tienen nombre,  
 burlándose de otros,  
 ustedes que hacen versos  
 ¿Qué amas, protesta?  
 ¿Y ahora qué, José?  
 No tienes mujer  
 está sin palabras,  
 estas sin afecto,  
 ya no puedes beber,  
 ya no se puede fumar  
 escupir ya no puede,  
 la noche se ha enfriado  
 no llegó el día  
 el tranvía no vino  
 la risa no vino  
 no vino a la utopía  
 y se acabó  
 y todo se escapó  
 y todo se enmoheció  
 ¿Y ahora qué, José?  
 ¿Y ahora José?  
 Tu dulce palabra

tu instante de fiebre  
tu glotonería y ayuno,  
tu biblioteca  
tu mina de oro  
tu traje de cristal  
tu inconsistencia, tu odio,  
¿y ahora qué?  
Con la llave en mano  
quiero abrir la puerta  
no hay puerta  
querer morir en el mar  
pero el mar se secó;  
quiero ir a Minas  
No hay más minas.  
José, ¿y ahora qué?  
Si gritabas  
si gemías  
si jugaste el vals vienés  
si dormiste  
si te cansaste  
si murieras ...  
Pero no mueres  
eres duro, José!  
Solo en la oscuridad  
cual insecto de hierba  
sin teogonía  
sin pared desnuda  
apoyarse contra  
sin caballo negro galopando  
¡Marchas, José!  
José, ¿a dónde?





Este poema de «José» de Carlos Drummond de Andrade es de 1942, y se antepone, como precedente onírico al poema «José» de Manuel Ramos Otero de 1994. Aun cuando las temáticas son diversas y complejas. Se puede notar cierto paralelismo lírico y existencial entre las dos versiones de los poetas.

### **10**

Tus manos José tus dedos José  
tus brazos José tus hombros  
tus labios José tus besos José  
tus ojos José tu pelo  
todo en mis manos José  
todo tu cuerpo en mis manos  
todo tu sudor José para mi único vaso  
de carne cristal José de papel y de palabras



como un bolero de barcos que al puerto llegaron.  
 ¿En qué fábrica José te hicieron como te hicieron?  
 Virgo de barro José huevo de hierro forrado  
 que no se atreve a nacer  
 por miedo a ser desplumado  
 y quiere seguir callado  
 cayendo de lado a lado  
 como borracho olvidado  
 de la Cuba que te trajo  
 hasta este exilio José  
 espejo del que te ha amado  
 y aquí está mi pelo plateado José  
 y mis besos y mis labios  
 y mis hombros y mis brazos  
 y mis dedos y mis manos  
 todo sudado José poema y cuerpo sudados.

Mientras Carlos Drummond de Andrade en su poema «José» presenta al hombre o individuo que lo ha perdido todo incluso hasta su mujer. En la versión homo—erótica y marginal de Manuel Ramos Otero, el «José» se presenta como un ente amatorio de su existencia trunca y condición homosexual. Manuel Ramos Otero ama las manos, los brazos, los hombros, el pelo o cabello de su «José». En fin, va de las partes al todo; y desde el todo al cuerpo. El «José» de Manuel Ramos Otero es un hombre cubano. Tal vez, Ramos Otero ha pensado en el hombre sin papeles que llega a los Estados Unidos y es prófugo de la justicia. Recordemos que Ramos Otero escribe desde la ciudad de los rascacielos, New York, y su «José», tal vez, sea, uno de los miles de inmigrantes que mediante el puerto de Mariel (1980) escaparon de la Revolución cubana del 1959 —y el poeta Ramos Otero— lo ama profundamente y lo protege. Esto queda explícito en los versos: «de la Cuba que te trajo/ hasta este exilio José». Dos fronteras conforman estos

versos. La primera frontera será el exilio cubano, y la segunda frontera, será el exilio marginal y homosexual desde donde la voz lírica del poema expone y antepone su amor por «José». Se acentúa la voz lírica y onírica cuando el «José» no tiene apellidos capitales, paternalistas o maternalistas que lo identifiquen, así que el «José» tanto de Carlos Drummond de Andrade como el de Manuel Ramos Otero pueden ser cualquier ser humano, y este aspecto, puede muy bien ser otro punto de encuentro donde los dos poemas conversen desde la soledad, la otredad discursiva y la oscuridad onírica que permea entre el ser y su entorno, o, frente al mundo que los rodea. Aquel en donde las palabras sobran y se hacen hirientes para los poemas en su contexto lírico y espiritual, ya que la mejor palabra que se puede decir ante la caída de un ser humano en desgracia es el silencio y el respaldo.

Cabe mencionar que las temáticas de ambos poemas son muy distintas y van por diversos contextos sociales y espirituales, pero el énfasis telúrico y onírico entre los versos líricos es el mismo. Un individuo atrapado y marginado entre la vida y el ser frente al mundo que lo rodea.

El «José» de Carlos Drummond de Andrade es el típico bohemio que se gasta todo entre la fiesta y la parranda —y por ello— la pregunta: José, ¿y ahora qué? Desde la visión de Drummond de Andrade, el individuo ha perdido su identidad y divaga entre el ser y el no ser. Este punto es un gran punto de encuentro entre las dos poéticas porque mientras el «José» de Drummond de Andrade se divierte; el «José» de Ramos Otero es marginal y eróticamente excluido de la sociedad que lo cobija y lo condena por ser homosexual. Desde la visión del mundo brasileño, la diversión termina en soledad; y desde la visión del mundo puertorriqueño o norteamericano, el individuo es excluido de la sociedad en donde habita.



## **Conclusión**

Se concluye que ambos poemas exhiben una dolorosa realidad de la sociedad en donde se orquestan. Presentan divagaciones reales de la soledad, la crueldad y el abandono trágico. El ser humano se ve solo y perdido en un mundo excluyente y aterrador que no lo comprende, y por lo tanto, las voces líricas tratan de llegar a ambos hombres indistintamente de su condición social. Inferimos que la obra de Manuel Ramos Otero se basó en el conocimiento telúrico de la obra de Carlos Drummond de Andrade y si este no fuera el caso. Indicamos —sin temor a equivocarnos— que Manuel Ramos Otero debió de conocer la obra poética de Carlos Drummond de Andrade antes de escribir su poema «José».

## **BIBLIOGRAFÍA**

De Nóbrega. J. C. (2010). Panorama de la poesía contemporánea brasileña. Revista Estudios Culturales. Vol. 3—Núm. 5 /Enero—Junio, pp. 147-183.

Drummond de Andrade, C. (1942). «José». Esta edição de *José*, a primeira em que o conjunto de poemas aparecido em 1942 é publicado num volumen isolado— e não acompanhando otros títulos da obra de Carlos Drummond de Andrade—, Foi producida especialmente para celebrar a escolha do poeta minero como o autor homenageado da 10ª edição da festa literaria internanacional de paraty (FLIP), pp. 23.

Ramos Otero, M. (1994). «José». *Invitación al polvo*. Editorial Plaza Mayor. Biblioteca de autores de Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico, pp. 10.

Rivera de Álvarez, J. (1983). Manuel Ramos Otero. *Literatura puertorriquena: Su proceso en el tiempo*. Editorial Partenón, Madrid, España, pp. 756—758 y 786—788.

Villas Boas, A. —PFTNSA/Brasil. (2009). El sentido de la vida en la poesia apasionada de Carlos Drummond de Andrade— una reflexión entre Teología y Literatura. Taller de letras, Num. 44: 149—162. ISSN: 0716—0798. Recuperado de: [http://letras.uc.cl/LETRAS/html/6\\_publicaciones/pdf\\_revistas/taller/tl44\\_13.pdf](http://letras.uc.cl/LETRAS/html/6_publicaciones/pdf_revistas/taller/tl44_13.pdf)

## Poemas por el Dr. Iván Segarra Báez

### *Dolor de amor*

¿Cómo me duele Cielo, cómo me duele?

saber que tu ausencia

no tiene nombre, no tiene alas.

Volarán mil pronombres en la alcoba.

Un río de azucenas, hoy vendrá a cenar.

¿Cómo me duele Cielo, cómo me duele?  
Saber que te he perdido  
entre la multitud de casas  
de la ciudad aquella.

¿Cómo me duele Cielo, cómo me duele?  
Saber que vas de la mano con alguien,  
saber que te quise y que me quieres,  
saber que te he perdido entre suspiros,  
saber que por este amor, yo muero.

¿Cómo me duele Cielo, cómo me duele?  
Mirarte en la distancia de los cuerpos,  
sentirte naufragio, pesadilla y vida.  
Desvelarme en la ausencia  
de una playa sin cuerpo  
y desmembrarme en tu mirada  
como un atardecer sin alma.



---

### *Los hijos del desastre*

Esta política está mal contaminada.  
La vistieron de azul, de rojo, de verde,  
porque aquí no se cree en la ecología.

Nos lanzaron a andar sobre una isla que agoniza.  
La tierra está muerta, parasitaria;  
el tiempo de Lepanto transcurrió hace mucho.  
Aquí, sobre las ruinas de un Belén sin alma,  
quedamos los hijos del desastre.

En el comienzo, las 936 (2) salvaron nuestras vidas,  
eso dicen los más viejos;  
sí, lo más viejos, los que agonizan.

Sobre la lápida del viejo mar,  
del Mar Caribe es desde donde les hablo ahora;  
no sé quién me escuche allá afuera...

Les hablo desde una isla olvidada.  
¿Quién la salva? ¿Me oyen? ¿Me escuchan?  
Espero que haya gente allá afuera.  
Sobre la lápida del viejo mar,  
miles de nombres se sacaron de las urnas;  
algunos buenos, a quienes doña Corrupción y don Dinero  
les lavaron el cerebro y, con ello, la moral,  
para caer en este desastre sin precedentes de justicia social.  
Otros, fueron espantapájaros para adornar el circo;  
los más débiles sucumbieron sobre el mar de las arepas y de las tórtolas.  
Los más incautos se devoraron entre ellos mismos, como esclavos del amo.

Esta política está mal contaminada.  
La vistieron de partidos políticos, de mejoras que nunca llegarán,  
de Junta Fiscal y mil viricuentos chuecos, agazapados, doblando la cerviz  
como un “Josco” (3) , acorralado por la mano del amo.  
Se vistieron de jornaleros, de residuos, de agua de coco, de pavos reales,  
de yo no sé qué más patraña decirles;  
en fin,  
se vistieron de acertijos, proclamaron el ELA, la nación, la Estadidad.



Comenzaron a vender un sueño sin fundamento:  
el sueño poderoso de la nación en flor, del tío Sam,  
y sabe Dios qué imprudencia cometida,  
para dejarnos a nosotros aquí,  
como los hijos del desastre colonial.

Ya he dicho  
que se vistieron de jornaleros, de residuos, de agua de coco y pavos reales;  
todo quedó en una burundanga, de sálvese el que pueda de este desastre.

En ese instante, nacimos nosotros,  
después del súper tubo y del sueño americano;  
quedamos de pie:  
los hijos del desastre.  
Se contaminaron los ríos, Aguirre explotó como un ciquitraque  
y todo quedó “para el que venga, que arree”.  
Quedamos en taparrabos,  
el dios del Norte se lavó las manos  
sobre la Fortaleza como una Torre de Babel;  
viró la cara y vociferó: “No”.  
Entonces, se marchó.

Esta política está mal contaminada,  
hace más de cincuenta años  
que este barco se fue para no volver;  
pero como la Isla quedaba en un boquete,  
nadie nos dijo que el desastre era mayor.  
Se tomó prestado más de lo debido,  
se engañaron las arcas del Norte

y la Isla se hizo de concreto, de cemento armado,  
para que durase mil años  
y a la agricultura se le dijo: “Ingrata,  
Mamá Blanca, me quiere más”.

Luego, los peces se hundieron en contaminantes,  
en boyas de barcos que llegaban a la bahía  
y todo quedó en un escaño senatorial,  
de “dime de dónde vienes, hacia dónde vas y  
creo que te podré ayudar”.

Esta política está mal contaminada,  
se vendieron las almas y los clavos de la cruz.

Todo se hizo detrás de nuestras espaldas  
y bajo el apostolado santo de un apagón.

El País y la Isla completa se hicieron trizas,  
un miércoles, 21 de septiembre de 2016.

En aquel momento, los políticos escondieron las manos,  
los pies y el habla;

se comentó sobre colapso y sobre quinqué.

Nadie dijo nada.

Entonces fue cuando nacimos nosotros:

los hijos del desastre.



---

### *Yo soy el innombrable*

Yo soy el hijo que nadie quiere,  
porque siempre me equivoco en esta “sagrada academia de la lengua”.  
Me nació la voz —desde adentro— como el ébano más puro, dulce y viejo.

Me crecieron las alas para andar por el mundo;  
hice mi maleta y salí de esta tierra que tanto amo.  
Luego, mi palabra fue vedada, porque decía su verdad sin labios;  
causaba malestar entre los amos -yo era negro  
y los negros no son bien vistos en la academia de los blancos.

Menos, si tienen el pelo grifo y ojos saltones como el cucubano.  
Alguna vez, escribí —desde afuera o desde adentro—;  
sin saber quién era, tuve alguna aceptación académica,  
pero cuando vieron mi rostro, mis manos y mis labios grotescos,  
para su espanto, me asignaron el espacio postrero y distante.

Me mandaron, nuevamente, a la fila de los letrados de esta tierra.  
Entonces, me cansé de hacer turnos, de ser el innombrable,  
de estar al final de todos y con la lengua por delante.

Me hice mi propio templete, abandoné la academia y a su gente;  
con el fin de desparramar la mía por doquiera que fuera aceptada  
y me olvidé del mundo de los blancos, de la pureza escrita, del diccionario,  
para llegar al mundo de allá afuera,  
donde no se me ve la piel quemada que tengo  
y solo se escucha mi voz que llega a todas partes.  
Yo soy el hijo que nadie quiere;  
yo soy el innombrable.



---

### *Las palabras*

Buscando los poros de tu sueño,  
amaneciéndome los cielos y los días,  
bájame —¡Dios mío!— las palabras,  
para llegar al pozo sagrado de tu alma.

Adorméceme el ruido de mi boca  
y ponme palabras nuevas  
que lleven a otros a tu casa.  
Por arriba y por abajo  
andan los geranios de tu huerta.

Consuélame en la última esperanza,  
antes que el día se duerma con la noche  
sobre el yugo de mi cuerpo  
colócame el aliento de tu nombre  
—y en la última palmera de mis hombros—  
acaríciame como la tierra mansa de tu huerto.

Bájame —¡Dios mío!— las palabras,  
para impulsar el aliento de mi boca  
y gritar a los cuatro vientos:  
«Que Tú eres Dios  
sobre todas las cosas  
del planeta».

Arrópame con el trigo de tu alma  
y dame la palabra bien amada  
que me lleve a tu gracia  
de ambrosia, dolor y muerte  
al pensarme tanto  
en el madero de esta vida.

Bájame —¡Dios mío!— las palabras,  
para llegar al huerto prometido  
de tu alma.





## *Me recordarás*

...Resérvate el amor, Mi Amor,  
para cuando el amor llegue.

Tu amor es un barco de espuma,  
el mío es corriente de un río.

Resérvate el amor, Mi Amor,  
para cuando el amor duela.

Eres un barco de velas,  
el mío es barco de escamas.  
En cada escama un amor,  
en cada escama un recuerdo.

Somos dos pétalos de lluvia  
viajando a lo desconocido  
del corazón sin verte.

Tu amor me duele, Mi amor,  
me duele tanto verte.

¿Qué no sé si despertarme en aguacero  
o en lluvia renacida de la muerte?

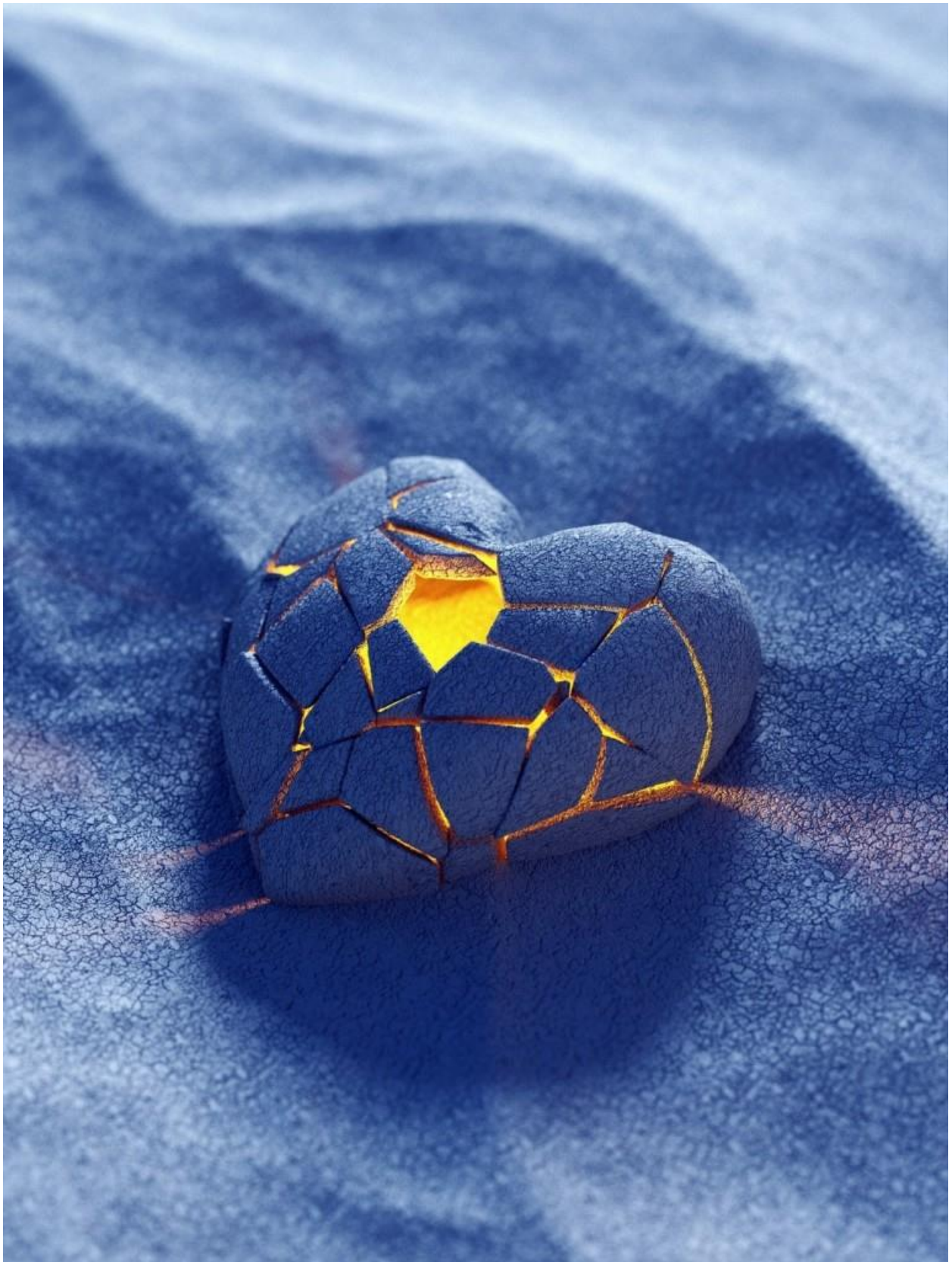
Resérvate mis besos, mi piel, mi alma,  
sólo sé que te amo y este amor duele.

Me dueles tanto mi amor,  
como los pájaros en blanco de la nada.  
Eres mi sol del mundo,  
mi tierna precipitación de un sueño.

Jamás te soñé perdiéndote en la nada,  
ahora sé que eres escama,  
viento en el mar, de un recuerdo.

Resérvate el amor, Mi Amor,  
para cuando el amor llegue.  
Serás mi canción desterrada del alma.  
¡En cada aguacero me estarás poseyendo,  
en cada primavera te estaré congelando!

Resérvate el amor, Mi Amor,  
para cuando el amor llegue.  
No me busques en las páginas  
en blanco de tu vida.  
Hazte a la mar, de la vista larga,  
y olvida a este corazón que te ama.  
Aunque en cada aguacero de tu vida  
yo sea esa fría agua del mar  
y tú me recuerdes...



## Cuentos por el Dr. Iván Segarra Báez

### *La charrasca roja*

Estás allí, de pie, como un águila que surca el continente de norte a sur. El grito de la noche te anuncia. Estás nervioso como un joven inexperto en su primer salteamiento. La luz del farol sigue tus pasos lentamente. La charrasca colocada en el bolsillo izquierdo. Las manos permanecen heladas. Una ligera línea de sudor cruza tu mejilla y llega a la barbilla. Ella indefensa como una colegiala que no ve el peligro, camina como un trompo, distraída y zigzagueando por las calles. Va y viene entre las vitrinas de las tiendas de un lado para otro.

Las calles, algunas veces, guardan juegos extraños y peligrosos. Mi madre siempre me lo dijo.

—Nunca estés en Babia al cruzar la calle, y, mira bien, para todos los lados. Desconfía de todos aquellos que se te acerquen, y si es necesario, tira un grito—.

Pero los gritos no siempre se oyen —y mucho menos— salen con fuerza. Algunas veces son presas de los sentimientos que se ahogan cálidamente bajo una charrasca.

La noche huele rara, hoy. Se esconde y se combina con la escasa luz de los faroles como queriéndome decir algo...



Pero yo, ingenua como un búho, camino despacio para llegar a casa. La oscuridad me quiere decir algo, que yo no percibo. Los transeúntes parecen de cartón en la noche; como si estuvieran suspendidos en las vitrinas de los edificios. Las puertas de las tiendas siguen abiertas, mostrando que la muerte andaba cerca como un remolino. Sus luces de neón, sus vitrinas, la lluvia, el ruido y el cafetín de la esquina, todos estos lugares eran como una postal, como un pasado remoto cuando lo mira desde otro ángulo. Todo es un misterio invisible. Son muy pocas las tiendas que permanecen abiertas. Dentro de unos minutos, todas encenderán sus letreros de "closet" y apagarán las luces. La oscuridad se hacía más latente, constante y palpable. El capitalismo siempre ha dividido a las personas entre los dominadores y los dominados. El viento de la noche anuncia un peligro sobre el pavimento y los edificios lejanos. Las callejuelas brillan como panteones olvidados entre las luces intermitentes de los faroles. La luz se ha esfumado de todo aquello, como cuando llueve, y las aves se van; y nadie sabe, para dónde. La noche olía a peligros marcados por una chaira de doble filo. El aire suele decir cosas macabras como éstas:

— Corre, auxilio, huye. ¿Qué alguien me ayude, por favor, un policía? —

Lo peor es que nadie escucha, allá afuera. Todo se viste de un sin sentido. Las tiendas se apagan. Las luces, poco a poco, se oscurecen. El aire se corta con los dedos sobre el

vientre, como si estuviera cortado por una charrasca de doble filo como la que cargabas, tú. Sí, tú; Joaquín. Nadie supo jamás, cómo te llamas, excepto, yo, tu víctima.

Cuando apareciste; el corazón casi me deja de latir. Las manos se me congelaron al instante. Y el tiempo se detuvo como un poderoso veneno sobre mi cuerpo. Parece que corre, como si fuera una película de horror, sobre todo mi cuerpo. Entonces fue cuando la sentí adentro del alma. Era fría y relampagueante como una hoja de plata. Entró vestida de blanco, y salió, vestida de rojo. Mejor dicho, salió de mí, vestida de rojo. Este color siempre es muy intenso.

Me habías pedido el bolso. Te dije: «No». Me negué como una idiota. Lo agarré fuertemente, para soltarlo luego, casi sin fuerza. En tu nerviosismo, se cayó tu identificación. Joaquín Monte Adentro, 5-11”, Ciudad Sabanera, E-4, Urb. Delirio del miedo, País Desconocido, CP 42008. Entonces te pusiste más nervioso que nunca. Sin decir palabras, me sujetaste el bolso hasta conseguirlo. Rebuscabas delante de mí, todo el bolso, para no encontrar nada. Dos pesos y una moneda de libra esterlina. Me miraste como a un funeral que quieres detener. Pero ya era tarde. La habías sacado del bolsillo de mi cuerpo, vestida de rojo. Mis últimas palabras fueron:

— ¿Por qué a mí?

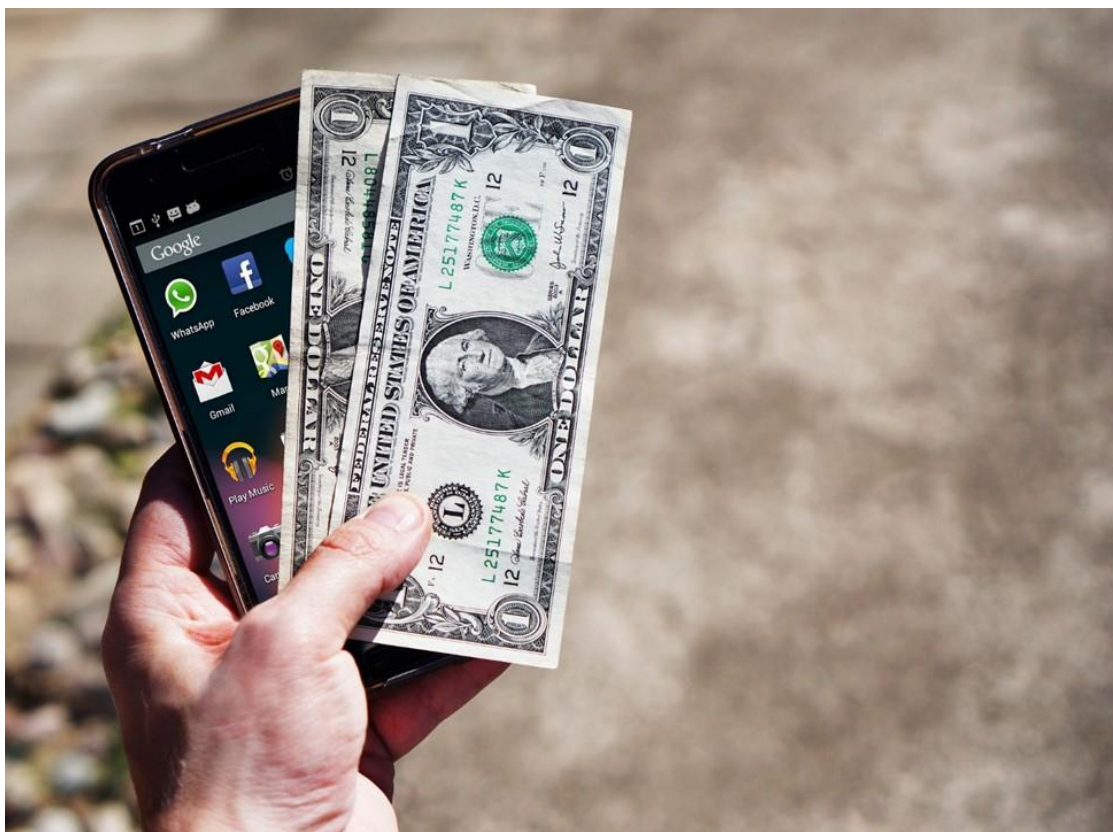
Sin decirme el por qué. Recogiste la documentación del suelo. La colocaste en tu bolsillo para que yo no la viera. Entonces, te asustaste por todo lo que ya habías hecho sin poder evitarlo, corrías como un niño para abandonar la escena. Pero, algunas escenas, nunca pueden olvidarse. Peor aún, situaciones como estas, no se deben repetir en el mundo.

¿Cómo es posible que, por dos pesos y una libra esterlina, maten a una mujer en plena calle y nadie vea nada? ¿En un parque, y que nadie vea nada? ¿En una esquina, y que nadie vea nada? ¿En un abrir y cerrar de ojos, y nadie vea nada? ¿En un territorio incorporado o sin incorporar, y que nadie vea nada? ¿En una isla de un archipiélago caribeño, y que nadie vea nada? ¿En un cuerpo de agua, y que nadie vea nada? ¿En una ciudad tan inmensa, y que nadie vea nada? ¿En un río sin cauce, y que nadie vea nada?



En fin, ¿en un minuto de silencio, y que nadie vea nada? Tu mano sobre mi cuello, para que no hable, ni diga tu nombre. El tiempo desnudo corre despavorido y atónito. Las hojas se caen de los árboles y las luces se apagan en los tendidos eléctricos, en los celulares de las calles de la ciudad, en el Facebook, en los «messengers», en las citas nocturnas de los novios, entre los ruidos secretos de los enamorados. En todo, en ti y en mí, y que nadie vea nada.

Desde ese momento, no sé qué fue lo que dijiste; porque cuando desperté, ya tú no estabas. Y mi casa, ya no era mi casa. Ahora todo es luz. Y es infinita porque cuando camino parece que vuelo. Los objetos son de otro color más puro. Las cosas de este mundo, todas son maravillosas. Es más, algunas veces, parece como que hablo con los ángeles. De ti, no sé nada. Sólo sé, que me llevaste al cielo y el viaje es sin regreso.





## *La mujer*

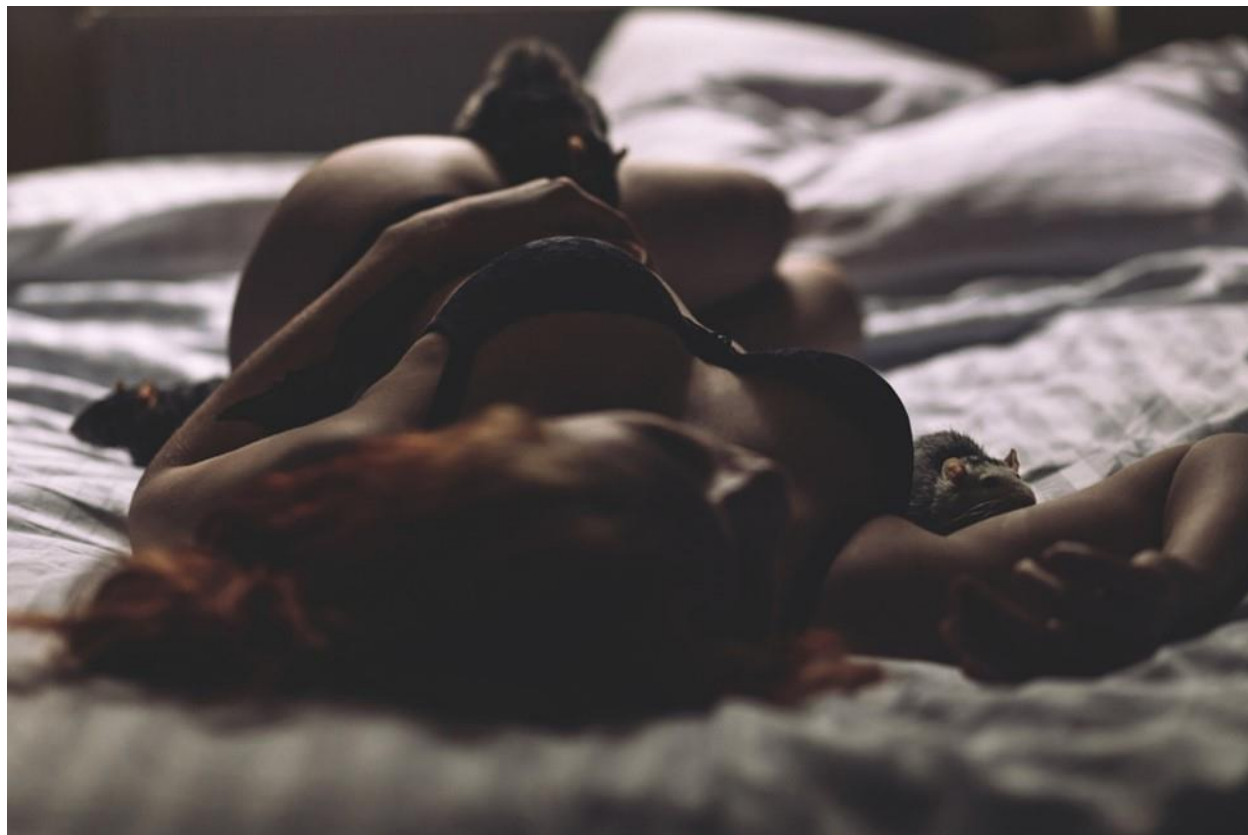
La vio por el roto de la puerta. Estaba sobre la cama como siempre, pero esta vez, era diferente. Estaba rectilínea, matemática, como una ecuación sin resolver. El rostro cubierto por el cabello de una medusa, la flor de los labios aún flotaba entre el último aliento. Un limón sobre la mesita de noche. Dos copas de vino, una cerveza a la mitad del vaso y el resto en la lata donde se leía «Medalla», cerveza nacional de aquella isla.

Una mano sobre el cuerpo; la otra, fuera de la cama, cayendo como un aguacero rojo. La mirada fija como un cuadro de Picasso y el cuerpo flácido como una vela derretida. La luz de la habitación era intermitente y se columpiaba entre las cuatro paredes de la habitación. La ventana estaba rota robándose las almas hacia el paraíso.

La volvió a ver. Pero ella seguía, ahí, estática como un mueble. Las manos ya habían dejado de temblar. La mirada perdida como un carnaval. Todo era silencio en la habitación, lo único que se movía era la luz del cuarto por todas partes. La había oído reír, brindar, decir unos murmullos a la luz de la luna en aquella habitación como de costumbre. Por ello, no le dio importancia al triste hecho. Pensó que había sido otro desacuerdo de la pareja que alegremente compartía esa noche. Alguna vez pensó que los cuadros eran extraños. Algunas veces se mueven de posición dejando escenas como esta. Un Goya en el piso. Un Picasso en la silla y un Campeche sobre la cama de la mujer flácida, lúcida, alocada, rectilínea, enmarañada, matemática, exponencial.

Luego reflexiona. Piensa, en lo impensable: ¿Quién lo había hecho?, ¿Por qué la ventana está rota? El cuerpo le temblaba, no sabía cómo acercarse. Luego una idea floreció en su mente. Debía llamar a la policía. Titubeó, no podría decir que él la había asesinado. Sí, pero aún no sabía si está muerta o si en las últimas horas la habían matado. Había que observar de nuevo la escena para comprobarlo. Ella tenía siempre un sueño muy pesado. Lo había comprobado cuando compraron la casa. Después de la mudanza, los ingenieros de la Autoridad de Acueductos y Alcantarillados taladraban un hoyo en frente de la casa para una reparación inmediata; y ella, no despertó con tanto ruido. La

mujer siempre fue así, dormilona como una estatua, fría como la noche, y blanca, blanquísima como una sábana.



La volvió a ver por el roto de la puerta. Estaba allí colocada de la misma forma, con la mirada perdida dirigida a la ventana. Tenía la piel como un pedazo de mármol. La mujer indicaba y señalaba una salida de la cama que nunca se cumplió. La luz ya menguaba en la habitación y casi se detenía. La luz oscilaba lenta, taciturna y en círculos. Sobre la mesita de noche se observaba el limón, las dos copas de vino y la mitad de la cerveza en el vaso. El aire de la ventana recién abierta por el hombre golpeaba ligeramente el cuerpo de la mujer sobre la cama. Los ojos de ella seguían fijos como cuando se detiene un reloj.

Entonces se oyó un ruido estruendoso, abrió los ojos y descubrió que la mujer pudo haber muerto esa noche mientras dormía, pero no recordaba nada del incidente. Las

manos las tenía viscosas, adoloridas por la artritis y pesadas como un huracán cuando entra a un puerto y todo lo levanta y lo destruye. Se detuvo. Pensó por un segundo, lo impensable. ¿Quién había matado a la mujer? Se aseguró que no había sido él, o tal vez, esa noche de copas había perdido la cabeza, y sí, la mató. Los cuadros de la habitación lo señalaban a él como las múltiples figuras que están en ellos mismos. Observó como todos los dedos de los cuadros se hacían más grandes y los señalaban, así con el dedo, todos con el mismo dedo, con el índice, con la mano derecha, luego con la izquierda. Las figuras daban vuelta, se retiran, se acercaban, zigzaguean por y sobre la sangre del vaso, que lentamente se transformaba delante de sus ojos en el lápiz labial del vaso donde hacía unas horas la mujer había tomado el primer sorbo de cerveza.

La vio por el roto de la puerta. Estaba sobre la cama como siempre, pero esta vez, era diferente. Estaba rectilínea, matemática, como una ecuación sin resolver. Miró despacio, la imagen le provocaba pavor, se negaba a ver a la mujer en aquella forma y sin aliento. Entrecerró los ojos y los volvió a abrir despacio, y rápidamente, se frotó los ojos con los dedos de las manos y miró nuevamente. La mujer seguía inmóvil como un cadáver. El pánico lo aturdió. La luz del techo de la habitación había terminado de oscilar y la luz casi terminaba de paralizarse. Aturdido comenzó a llorar porque no podía creer lo que estaba viendo. La mujer entreabrió los ojos y sonreía. Pensó que se estaba volviendo loco. Estaba viva o estaba muerta. Decidió cerrar los ojos y volver a abrir. Entonces y solo entonces, descubrió que la mujer lo miraba fijamente y le dijo:

—¡Qué noche, papi, qué noche!

---